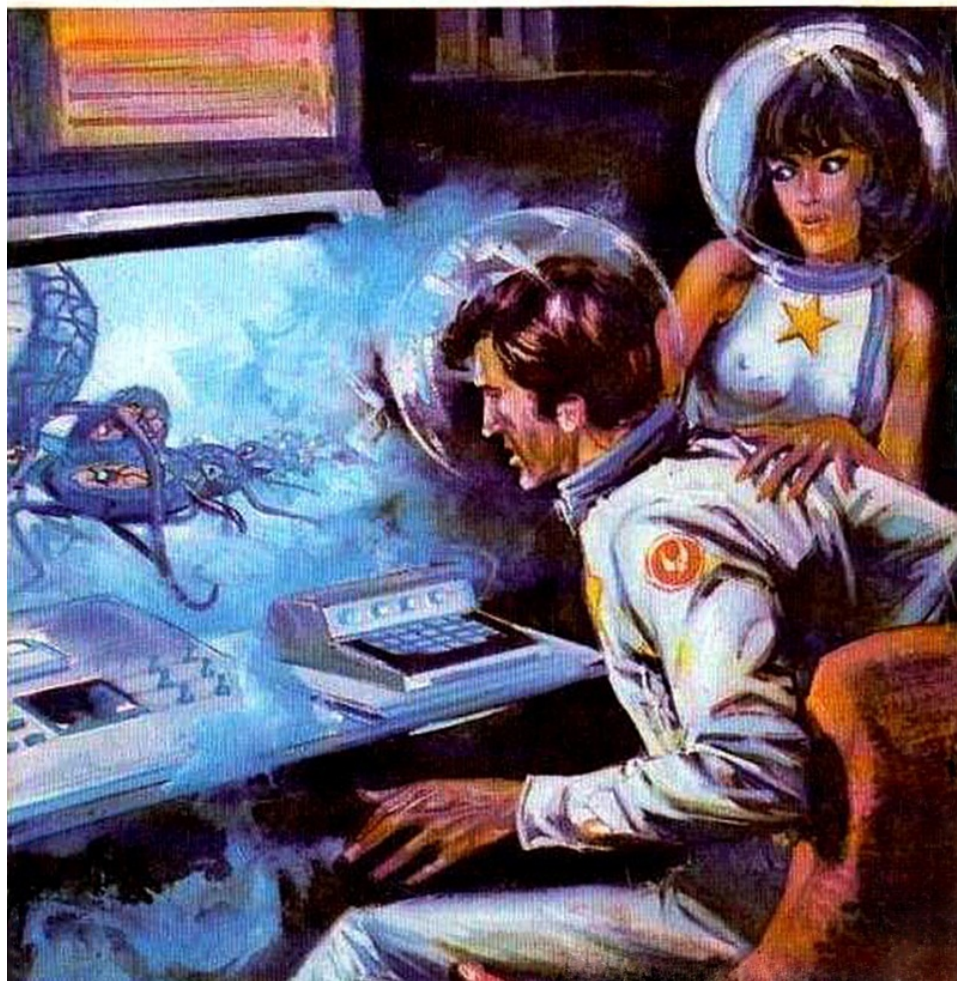
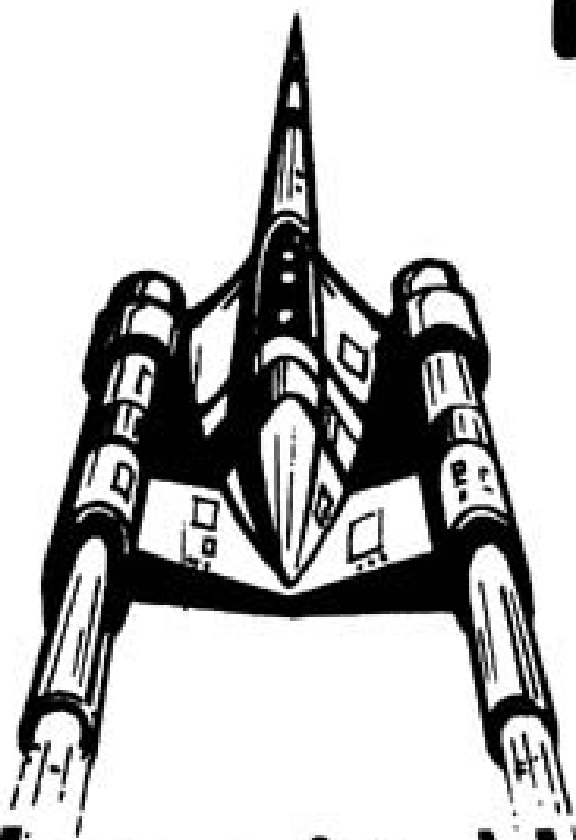


La
conquista
del
ESPACIO

PUERTA A LA GALAXIA Clark Carrados

CIENCIA FICCION





La conquista del
ESPACIO

PUERTA A LA GALAXIA CLARK CARRADOS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 538 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA • BUENOS
AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA
COLECCION

- 533 — *El planeta dormido*, Joseph Berna
- 534 — *Ali-Babá y los cuarenta marcianos*, Adam Surray
- 535 — *La trampa de los androides*. Ralph Barby
- 536 — *Un cerebro de ida y vuelta*, Glenn Parrish
- 537 — *Cerebros cautivos*, Curtis Garland

ISBN
84-02-02525-0
Depósito
legal: B.
30.696 -
1980
Impreso en
España •
Printed in
Spain
1.ª
edición:
diciembre.
1980
©
Clark
Carrados
-
1980
texto
© Miguel
García •
1980
cubierta

Concedidos, derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora la
Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas
que aparecen en esta novela, así como
las situaciones de la misma, son fruto
exclusivamente de la imaginación del autor,
por lo que cualquier semejanza con
personajes, entidades o hechos pasados o

actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera,
S. Parets del Vallés (N-J52, Km
21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

En los últimos tiempos, el sargento Rupp Grady había visto unos cuantos tipos raros y se sentía bastante preocupado. Había interrogado a algunos de ellos, sin conseguir sacar nada en limpio. Eso no era muy corriente en Bellavista y si la cosa seguía en aumento, habría que pensar en tomar serias medidas. Uno de los tipos raros hablaba un lenguaje espantoso, que nadie supo traducir, y el sargento Grady, tras consultarlo con su superior, acabó por ponerlo de patitas fuera de los límites de la ciudad y ordenarle, más por señas que con palabras, que no volviese jamás a Bellavista o iba a tener que lamentarlo muchísimo.

Bellavista era una ciudad residencial y la inmensa mayoría de sus habitantes eran gentes de posición, con mucho dinero, a las que gustaban sobremanera la paz y la calma que se gozaba en aquella población. Si los maleantes empezaban a invadirla, la paz y la calma se acabarían también para los escasos componentes de la fuerza policial que cuidaba del orden y la ley. Y sus empleos podían correr serios peligros.

El sargento Grady estaba dispuesto a conservar su empleo. Por el mismo horario que otro policía de su mismo grado, cobraba casi el doble, pero, en cambio, el trabajo era mínimo.

Ahora, todo parecía a punto de perderse. En dos semanas, Grady y sus subordinados se habían enfrentado con media docena de tipos de ambos sexos, a cada cual más estrambótico. aunque, por fin, habían conseguido deshacerse de ellos, expulsándolos sin más de la ciudad.

De pronto, se abrió la puerta de la comisaría y apareció el agente Howard, Bill de nombre, acompañado de una chica de poco más de veinte años, a la cual sujetaba por uno de los brazos.

Era una chica preciosa, rubia, de formas muy atractivas,

vestida con una blusa sin mangas y muy escotada y una falda cortísima, lo que permitía ver casi a cada momento los encajes de sus pantaloncitos. Calzaba unas curiosas botas de medio tacón y, pendiente del cuello, llevaba lo que parecía un diminuto aparato de radio.

El pelo era rubio, muy corto. La blusa contenía dificultosamente los senos juveniles, de rotundos contornos. En el lado izquierdo de la cara llevaba el número seis, impreso en color rojo fosforescente.

La chica parecía muy indignada.

—Oigan, yo no...

—Jefe —exclamó el guardia Howard—, mire lo que he encontrado en la avenida Duncan. Estaba allí, debajo de un farol, buscando clientes. ¡Fíjese si será desvergonzada, que hasta anuncia el precio en la mejilla!

—No es el precio de no sé qué, pero les aseguro que yo no... —intentó protestar la chica.

El sargento Grady se dijo que era ya llegado el momento de dar un escarmiento a todos los tipos raros que pululaban por la ciudad y pegó un tremendo puñetazo en la mesa.

—¡Silencio! —tronó—. Bill, formula una acusación por ejercer la prostitución

clandestinamente. Conseguiremos que el juez la encierre para seis meses; así no se olvidará nunca de Bellavista.

—Muy bien, jefe; ahora mismo redactaré los cargos.

—Pero me parece que se equivocan... —insistió ella una vez más.

—¡Basta! —dijo Grady—. ¿Cuál es su nombre, señora? Si es que conoce el significado de esa palabra —añadió, sarcástico.

—Me llamo Zhelma O. K. 40. 35. 76. 99 —dijo ella, dándose cuenta de que era inútil discutir con aquella especie de muro de cemento vestido con uniforme de policía.

—Zhelma... *Okay...* —

escribió Grady—,

¿Dirección?

—

Shybar.

—

¿Shybar?

¿Dónde

está

eso?

—Yo diría que a unos cuarenta y ocho años luz. pero no puedo citar una cifra exacta...

—Claro, claro, y yo soy un marciano —dijo el sargento cáusticamente—. Bueno, no importa demasiado. Bill, ¿has mirado su bolso?

—No tiene nada de particular, sargento —contestó Howard. que ya había empezado a escribir.

—De acuerdo. Zhelma Okey, esta noche dormirás aquí.

Mañana te llevaremos ante el juez Kronski y él decidirá. ¿De ¿cuerdo, muñeca?

Ella

extendió

los

brazos.

—

Si
no
hay
otro
remedio...

El sargento en persona encerró a la chica en una celda.

Luego, meneando la cabeza, regresó a su escritorio.

—Ejercer la prostitución y, además, anunciar el precio en la mejilla —rezongó—. Es lo último que me faltaba por ver.

Se sentó de nuevo detrás de su escritorio y encendió un cigarro.

—Bill, cuando termines, ve a buscarle la cena. No quiero que la gente diga que no tratamos bien a los detenidos.

—
Conforme,
sargento.

—Aquí vive gente con mucha pasta y no quieren extraños, pero armarían el escándalo del siglo si supiesen que hemos causado el menor daño a un preso. Tú me entiendes, ¿verdad, Bill?

—
Claro
que
le
entiendo,
jefe.

—Bellavista es una bonita población. El día en que me retire, me quedará a vivir aquí. Pero si no la limpiamos de golfos, zorras y otras especies, ni tú ni yo podremos retirarnos. —Grady volvió a su muletilla—. Tú me entiendes, ¿verdad, Bill?

—
Sí,
sargento.

*

*

*

Miró por el retrovisor y vio el coche obstinadamente pegado al suyo, nunca a más de cincuenta o sesenta metros de distancia. Hubert Kenn maldijo el día en que conoció a Holden Cartman, alias *Ojo de Oro*. y se prometió a sí mismo que si salía del lío en que se hallaba metido, no volvería a ver más a Cartman, a ninguno de sus secuaces ni a nada de lo que aquella gente representaba.

Lanzó una amarga carcajada. En medio de todo, Cartman era un humorista. Muchos años antes, un rival amoroso le había vaciado el ojo izquierdo de un hábil navajazo. Andando el tiempo, y cuando progresó. Cartman hizo dar un baño de oro al ojo de cristal que había sustituido al bueno, de donde le venía el apodo. Al que le dejó tuerto, le había dado un baño de cemento.

Ahora, detrás de él, iban dos de los peores secuaces de Cartman. Hank *el Largo* y Pete *el Rompehuesos*. Su apodo estaba plenamente justificado. Era un sádico al que le gustaba oír el ruido de los huesos que quebraba sólo con la acción de sus manos.

Se desvió de la carretera y tomó un camino secundario, que ascendía por la suave pendiente de una colina con abundante arbolado. Había numerosas residencias, todas ellas rodeadas por bien cuidados jardines. Kenn confiaba en llegar a tiempo a la casa de su pariente, el doctor Tolliver, a quien había recurrido en más de una ocasión, cuando se encontraba en apuros.

Pero, para ello, debía despistar a sus perseguidores. De pronto, cuando estaba ya cerca de la cima, se metió por un sendero muy estrecho, paró fuera y echó a correr hacia arriba a través del bosque.

En un par de minutos, llegó a la casa situada en lo más alto de la cumbre. La colina, allí, tenía una curiosa peculiaridad.

Por el lado norte, terminaba en un abrupto escarpado, de casi ciento cincuenta metros de altura, por cuyo fondo corría un riachuelo de aguas turbulentas y espumosas. Desde la cumbre se gozaba de la vista de un panorama excepcional.

Además, la casa estaba un tanto retirada. Por eso la hará elegido Tolliver para sus trabajos. «El primo millonario, al que el dinero le importa un rábano, y el primo pobre, que no tiene ni para un paquete de cigarrillos», pensó Kenn amargamente, mientras, sin molestarse en pedir permiso, abría la puerta y se colaba en la casa de rondón.

—¡Frankie! —gritó—. ¡Primo Frankie!

En el interior de la casa reinaba un silencio absoluto. Kenn gritó de nuevo, pero su primo no le contestó.

Avanzó lentamente. Hacía más de dos años que no estaba allí. Últimamente, los contactos que había tenido con su primo se habían efectuado a través del videófono y de las transferencias bancarias. Sólo en tres ocasiones se habían visto en la capital y ello durante muy pocos minutos.

En aquellos dos años, la casa parecía haber sufrido algunas transformaciones. Kenn sabía que su primo realizaba ciertos experimentos científicos, pero nunca se había preguntado en qué consistían. Su fuerte no era precisamente la ciencia. A menos que se llamase ciencia al arte de saber vivir siempre entre mujeres hermosas, con buenas bebidas y frecuentes incursiones a las salas de juego y a los hipódromos.

Y, precisamente, una visita a un hipódromo era la causa de la persecución de que era objeto. Kenn había ganado una carrera, embolsándose cuatro mil dólares, que luego había apostado por videófono a la «oficina» de Cartman. El caballo al que había apostado resultó ser un penco, que había llegado a la meta cuando los otros ya estaban recibiendo su merecida ración de pienso en los establos. Kenn debía aquel dinero, porque, confiando en ganar, se había gastado el percibido por la otra carrera, y a y ganar, se había gastado el percibido por la otra carrera, y a Ojo de Oro no le gustaban los deudores morosos.

Por eso había enviado a dos de sus más eficaces «cobradores». A veces, Cartman perdía el dinero prestado o jugado en nombre de otro, pero el deudor pagaba luego una crecida factura de hospital.

Kenn no estaba por aquella perspectiva.

Conocía a un tipo que había pasado una hora con el Largo y el Rompehuesos. El tipo tenía dos años menos que él, pero ahora parecía un anciano. No, no quería correr la misma suerte.

Atravesó la casa, llamando a su primo a grandes voces. De repente, se encontró en una espaciosa habitación, en la que vio algunos aparatos que le resultaban completamente desconocidos.

—Este debe de ser su nuevo laboratorio —murmuró.

Al fondo, en la pared opuesta, había una puerta que parecía de gruesa plancha de acero, muy pulida. No lejos se veía una especie de consola, con varios cuadrantes y esferas indicadores. Había una luz verde encendida. Pero no tuvo tiempo de captar más detalles.

Sonaron voces en el interior de la casa.

—Ha entrado aquí, seguro.

—No puede ir lejos —dijo el otro—. En realidad, no puede ir a ninguna parte.

Acometido por el pánico, Kenn corrió hacia la puerta de acero, la abrió y pasó al otro lado. Cerró inmediatamente y miró con asombro el panorama que se extendía ante sus ojos.

Los dos hampones irrumpieron en la estancia. Rompehuesos vio la puerta que se cerraba precisamente en aquellos momentos.

—¡Por allí!

Corrió hacia la pared del fondo. La puerta giraba hacia el otro lado y la abrió de un manotazo, saltando inmediatamente a su través.

Rompehuesos lanzó un horripilante alarido al encontrarse que no había suelo bajo sus pies. El Largo llegaba al umbral y pudo detenerse a tiempo.

Atónito, lleno de pavor, el Largo vio a su compinche caer dando volteretas, precipitándose por el derrumbadero, hacia el fondo situado a casi ciento cincuenta metros. Rompehuesos chocó contra un saliente rocoso y rebotó horriblemente, estrellándose al fin contra el pedregal de la base del acantilado, en donde quedó completamente inmóvil.

El Largo sintió que su frente se inundaba de sudor. Ya no había nada que se pudiera hacer por los dos hombres. No había visto caer a Kenn, pero el aire frío que le daba en pleno rostro y el acantilado que se abría a sus pies, le indicaron sobradamente la suerte que había corrido el hombre a quien perseguían.

Un golpe de viento hizo girar la puerta bruscamente y la cerró de golpe. El Largo giró sobre sus talones. Cartman tenía que saber lo ocurrido.

Momentos después, salía de la casa y emprendía el regreso a la capital. Ni siquiera se le ocurrió entrar en Bellavista a denunciar el suceso. Sabía que los policías de Bellavista tenían malas pulgas con los forasteros y su jefe no quería líos con las gentes del orden.

—Asunto acabado —murmuró, a la vez que subía al coche y programaba la ruta de regreso, para una conducción totalmente automática.

CAPITULO

II

Hacía pocos minutos que había caído la noche. En el aparato que tenía sobre el pecho, se encendió de pronto una diminuta lámpara, a la vez, que se oía un pequeño zumbido. Zhelma frunció el ceño.

—No es posible —murmuró.

Una sonrisa distendió sus rojos labios. Durante días. Zhelma había vagado en busca de algo que no había conseguido encontrar hasta el momento. Por eso mismo había sido arrestada. Ahora, de un modo casual, estaba segura de localizar el sitio que había buscado con tanto ahínco.

Examinó el interior de su celda. Frente a la reja de entrada había una ventana, también enrejada. Zhelma saltó, se agarró a los barrotes y tendió la mirada al exterior.

—Perfecto —murmuró.

Descendió al suelo nuevamente, retrocedió cuatro o cinco pasos y, asiendo el aparatito con dos dedos, lo enfocó hacia la pared.

Un cuarto de hora más tarde, el guardia Howard entró en la comisaría con una bandeja en las manos.

—Jefe, la cena para la prisionera —anunció.

—Está bien —dijo Grady—. Llévasela.

Howard se alejó por el corredor de celdas. Grady quedó en su escritorio, terminando de redactar el informe del día.

Repentinamente, se oyó un tremendo estrépito de cacharros rotos. Grady, alarmado, levantó la cabeza.

—¡Bill! ¿Qué sucede? —gritó.

Hubo un instante de silencio. Grady abandonó su trabajo y corrió hacia el lugar donde había oído el estruendo.

Howard estaba parado frente a la celda de la chica. En el suelo, a sus pies, se veía la bandeja, con los platos rotos y la comida desparramada. Howard tenía los ojos muy abiertos y su mandíbula inferior, colgando, como si hubiera perdido la

fuerza de los maseteros, vibraba ligeramente.

—Pero ¿qué diablos te pasa, Bill? —bramó el sargento—.

¿Has visto algún fantasma? Grady avanzó un par de pasos más. Entonces comprendió los motivos de la estupefacción de su subordinado.

En la pared del fondo se divisaba un enorme boquete, de casi dos metros de alto por uno de ancho. El trozo de muro correspondiente al hueco había desaparecido tan absolutamente como una gota de agua arrojada sobre una plancha caliente.

La mandíbula inferior de Grady también cayó.

—¡Dios mío! —exclamó, cuando hubo recobrado la facultad de articular palabras—.

¿«Con qué» ha hecho «eso»?

*

*

*

Kenn pasó al otro lado de la puerta y se encontró en una extensa pradera, de suave pendiente, con abundancia de flores muy vistosas. Al fondo, divisó una espesa arboleda, en la que, no obstante, había algunos claros, a través de los cuales podía divisar el brillo espejeante de un lago.

Más lejos, se veía una cordillera, con cimas blancas. Sin embargo, Kenn captó dos detalles que le hicieron sentirse profundamente desconcertado.

Primeramente, el paisaje le resultaba completamente desconocido. En segundo lugar, no se veía ninguna aglomeración de casas, que indicasen la existencia de un centro de población.

Por el cielo, brillante, se veían correr lentamente algunas nubes blancas. En aquel instante, Kenn recordó algo.

Conocía bien la topografía interior de la casa de su primo. Había utilizado una puerta en la pared que daba al acantilado. Ahora se daba cuenta de ello. Debía hallarse en el fondo del precipicio y, sin embargo, sus pies se apoyaban en un suelo herboso, blando, pero sólido y consistente.

Sudaba. Maquinalmente, sacó un pañuelo y se enjugó el sudor de la frente. Inesperadamente, oyó gritos y voces.

El pañuelo cayó al suelo sin que lo notase. Kenn creyó que estaba bajo el influjo de una pesadilla.

Un hombre salió del bosquecillo, corriendo frenéticamente, como si huyera de un grave peligro. A los pocos segundos, Kenn vio aparecer a un jinete, que galopaba en persecución del fugitivo.

El jinete era una mujer. Para Kenn, ello no hubiera tenido mayor importancia —había visto muchas Amazonas—, de no haber sido por una serie de detalles que le hicieron dudar de la integridad de sus sentidos.

Parecía joven y bastante hermosa. Montaba a pelo y su vestimenta consistía en una banda de tela que cubría sus senos y algo parecido a un ceñidor, de la misma tela en torno

a sus caderas. El pelo era oscuro, casi negro, muy suelto.

En la mano derecha llevaba algo parecido a una lanza, aunque, extrañamente, sin el hierro terminado en punta. Pero no acababan ahí todos los detalles del suceso que pasmaba al joven.

El caballo no era tal, sino una bestia indescriptible. Tenía cuello, cabeza terminada en dos cuernos, cortos, rectos y muy puntiagudos, cola bifurcada... ¡y seis patas!

Las patas, cortas, se movían no obstante con indescriptible rapidez. En una fracción de segundo. Kenn se percató de que el fugitivo y su perseguidora iban a pasar a muy corta distancia del lugar en que se hallaba.

Era preciso hacer algo. A pocos pasos de distancia, vio un espeso matorral, florecido con abundantes flores de color rojo fuego. En un par de saltos estuvo al otro lado.

Apartó los ramajes con ambas manos y contempló el desenlace de la escena. La amazona daba ya alcance a su perseguido.

Entonces, un lazo brotó del palo que llevaba en la mano derecha.

El lazo se enroscó en torno al cuello del hombre. Ella gritó una áspera orden y el exápodo se detuvo en seco.

El hombre también se detuvo. El fenomenal tirón le hizo caer hacia atrás. Ella saltó al

suelo, corrió hacia el caído y se arrodilló a su lado. Instantes después, se levantaba, dándole una furiosa patada. Kenn presintió lo ocurrido. El brutal tirón del lazo le había quebrado las vértebras cervicales.

Era una mujer robusta, aunque no exenta de gracia y con cierta belleza rústica, que le confería un notable atractivo. Kenn se preguntó qué le sucedía. ¿Era real lo que veía?

¿No se trataba de un sueño?

De repente, vio que la mujer giraba un poco a su izquierda y fijaba la vista en el arbusto. Inmediatamente, ella echó a andar, con el palo en las manos.

Kenn se puso en pie. No tenía ganas de que le rompieran el pescuezo, se dijo.

—Paz —sonrió, a la vez que levantaba las dos manos. Ella le contempló con enorme curiosidad.

—¿Quién eres tú? —preguntó.

—Soy... Bueno, me llamo Hubert...

—¿De dónde has sacado esas ropas?

—¿Cómo que de dónde...? ¡Son mías! Las compré en...

Inesperadamente, ella hizo funcionar el lazo y lo enganchó en el cuello del joven.

—Eres mío —dijo—. Sígueme.

—Espera un momento —gritó Kenn desesperadamente—. ¿Adónde me llevas?— La mujer se volvió y le miró despectivamente.

—Yo soy Drona. Ha llegado el momento de concebir un hijo. Te necesito —contestó. Kenn se quedó atónito.

—¿Cómo? Yo he de...

—Sí, tú. ¡Vamos!

El lazo tiró de Kenn, quien se vio obligado a andar a trompicones. Drona caminaba con paso firme, con el extremo del palo en su mano derecha, sin molestarse en mirar hacia atrás.

Kenn apretó los labios. No sabía adónde le conducía

aquella amazona, pero de una cosa estaba seguro: no se dejaría manejar como un pelele.

Actuando sigilosamente, llevó las manos al lazo. Incluso consiguió pasar los dedos entre la soga y la piel del cuello, pero, cuando quiso ensancharlo, no lo consiguió.

Repitió el esfuerzo. El lazo estaba provisto de una especie de mecanismo de retén, que impedía su ensanchamiento, a menos que no lo permitiese su dueña. Drona, indiferente al hecho de que había matado a un hombre hacía menos de cinco minutos, caminaba con paso firme hacia la arboleda situada a orillas del lago.

Kenn se sentía absolutamente perplejo. Ahora estaba seguro de que no soñaba. Todo lo que le sucedía era real, pero ¿cómo podía pasar, en fracciones de segundo, de la casa de su primo a aquel país que le resultaba totalmente desconocido?

En aquel momento, recordó algo que Frankie había mencionado meses antes, en la última entrevista que tuvieron. Frankie había dicho algo sobre una puerta que permitiría llegar instantáneamente a cualquier mundo, por lejano que estuviera. Kenn sabía que su primo era un físico de reputación universal, pero no había tomado en serio sus palabras.

Y sin embargo, parecía haberlo conseguido.

Recordó también la habitación en que había estado, antes de escapar de sus perseguidores. La puerta de metal, la salida a aquellos parajes, en lugar de precipitarse

por el acantilado...

Casi sin darse cuenta de ello, se encontró en la arboleda. Un minuto después. Drona señaló una especie de choza hecha de ramas y cubierta con abundante follaje.

Era una construcción relativamente pequeña, de forma semiesférica, con una puerta cubierta por algo que parecía piel, muy fina y suave.

—

Entra

—

ordenó.

Kenn

la

miró

fijamente.

—¿Qué he

de hacer

ahí? —

preguntó.

—Es muy sencillo: lo que hace un hombre con su pareja ¿el sexo opuesto. Debo concebir un hijo; es mi época propicia. Kenn se sintió receloso al oír aquellas palabras. Conocía la leyenda de las Amazonas mitológicas. Después del apareamiento mataban a los varones que las habían fecundado. Y si el fruto de la unión era un chico, lo mataban inméritamente.

—Luego me

cortarás el

pescuezo —dijo.

—No seas estúpido. No matamos a los varones. Simplemente, les hacemos trabajar. Pero, por desgracia, os necesitamos para algo más que cazar, pescar y construirnos casas.

—Si todas las casas son como

éstas... —dijo él cáusticamente.

—Es la casa de la unión, la que toda mujer construye por si misma cuando le llega el turno de tener un hijo.

Kenn se
tocó el
lazo con
la mano.

—

Bueno,
pero
quítame
esto...

—No intentes
escapar —
advirtió Drona.

—

Claro
que
no,
monada.

Drona tocó un resorte en el palo y el lazo se aflojó instantáneamente. Luego, dejando el arma a un lado, se quitó la tela que cubría sus pechos y el ceñidor, y quedó completa- mente desnuda.

—

Ahora,
tú

—

ordenó.

Kenn vaciló. Ella
empuñó nuevamente
el palo.

—¿Quieres que te rompa el cuello? —gritó—. Me costará trabajo, pero no faltan varones en nuestro mundo. ¡Vamos, desnúdate!

En otro momento. Kenn, gran admirador del bello sexo, se habría sentido terriblemente excitado. Ahora no. en absoluto. Ciertamente, Drona era una mujer de poderoso atractivo sensual, pero las circunstancias no eran las más propicias para el placer.

—Muy bien —accedió—. Me desnudaré.

Se quitó las ropas rápidamente, aunque quedó con los zapatos puestos. Ella le empujó con el palo en los riñones.

—Entra ahí.

Kenn se agachó y cruzó el umbral a gatas. La choza medía unos tres metros de diámetro. El suelo estaba cubierto de pieles sumamente finas, sumamente agradables al tacto. Drama se agachó también y metió medio cuerpo en el interior del cubículo.

Entonces, Kenn, tras un rápido vistazo de reojo, disparó el pie derecho hacia atrás, con toda su fuerza.

El tacón del zapato alcanzó la sien de Drama, de cuya garganta brotó un grito de furia y

dolor al mismo tiempo. Ella alargó una mano, intentando asir su tobillo, pero Kenn repitió el golpe y la mujer se desplomó al suelo.

Sin embargo, no había perdido el conocimiento por completo, aunque era evidente que se había quedado momentáneamente sin fuerzas. Kenn tomó impulso, saltó hacia adelante y atravesó sin dificultad la débil pared de ramas y hojas.

El caballo exápodo pastaba tranquilamente en las inmediaciones. Kenn se preguntó adónde podría dirigirse para huir de aquellos parajes.

Estaba sudando. Con gesto maquinal, quiso sacar su pañuelo. Entonces recordó dos cosas: estaba desnudo y el pañuelo se le había caído en alguna parte.

Levantó los ojos hacia la cumbre de la colina. Si, había llegado allí... y si era cierto que su primo había inventado un medio de llegar a otros planetas de forma instantánea, la puerta tenía que estar en aquella cima.

En aquel momento, oyó la voz de Drona que se quejaba sordamente. Era una mujer robusta, habituada a la vida al aire libre. Pronto se recobraría.

Sus ropas estaban en la entrada de la cueva, pero no se molestó en recogerlas. Si ella le atrapaba, ya se las devolvería. Y si no le pillaba... bien, el primo Frankie tenía un bien surtido armario ropero.

Echó a correr. Juntó los codos contra los costados y movió las piernas con toda rapidez. Cuando había llegado a la mitad del camino, oyó un agudo grito de rabia.

Volvió la cabeza. En un instante, pudo ver a Drona, en la puerta de la choza, con la cara ensangrentada, agitando el puño amenazadoramente. De pronto, Drona emitió un penetrante silbido.

El caballo exápodo acudió a la llamada. Kenn apretó el paso.

Drona montó en el animal y lo hizo arrancar a toda

velocidad. Kenn vio en su mano el palo con el lazo y temió por la integridad de sus vértebras.

El animal se movía a sesenta kilómetros a la hora, por lo menos, calculó Kenn. De repente, vio algo blanco sobre la hierba.

Hizo un último esfuerzo. La puerta estaba allí.

No la veía, pero tenía que estar. El pañuelo había caído justo al pie de la puerta. De pronto, se preguntó, angustiado, si habría un pomo exterior.

La puerta resultaba invisible. Al otro lado se divisaba un paisaje muy parecido. No había el menor rastro del acceso a la casa de su primo.

Inesperadamente, Kenn vio que se abría un hueco en el paisaje.

—¡La puerta! —chilló.

Había una mujer en el umbral, contemplándole estupefacta. Kenn oyó detrás de él los agudos alaridos que profería la amazona.

Tomó impulso y saltó.

—Cierre, cierre —gritó, en el momento de cruzar el umbral.

CAPITULO

III

La puerta tenía una anchura normal, por lo que Kenn rozó con el hombro a la chica y la hizo trastabillar. Ella, sin embargo, consiguió rehacerse, tiró del pomo y cerró de golpe.

Kenn rodó por tierra, exhausto, jadeante, empapado de sudor de los pies a la cabeza. Los costados le dolían horriblemente y sentía en los pulmones una casi total falta de oxígeno.

—Por favor... —jadeó—. Tráigame... un poco de agua...

Ella obedeció y volvió a los pocos momentos con una jarra en las manos. Kenn se la arrebató y bebió con ansia. El resto cayó sobre su cabeza y los hombros, refrescándole en parte el ardor que sentía, lo que le hizo reaccionar un tanto al notarse que empezaba a mejorar.

Entonces fue cuando reparó en la muchacha..

—Eh, oiga, ¿quién es usted? —exclamó.

—Zhelma O.K. 40.35.76.99 —contestó ella, sonriendo graciosamente.

—Bueno, además del nombre, me da el número de videófono... ¡Y qué apellido tan raro! Nunca había conocido a nadie que se llamase Okey...

De súbito. Kenn recordó que estaba completamente desnudo y se puso en pie de un salto, a la vez que cruzaba las manos por delante de su cuerpo.

—Dispénseme... Me ha ocurrido algo muy extraño y me despojaron de todas mis ropas... Aguarde unos momentos, por favor; voy a ver si encuentro al menos un par de pantalones...

Kenn echó a correr en busca del dormitorio, en donde había un armario ropero, que sabía bien provisto. Su primo Frankie podía ser un tipo la mar de raro, pero le gustaban las cosas buenas y nunca había escatimado en el vestuario. Aunque separados por una diferencia de casi diez años, tenían una

figura muy parecida, de modo que no le resultó difícil encontrar lo necesario para cubrir su desnudez.

Minutos después, y ya repuesto, volvió a la sala. La chica parecía muy interesada en los aparatos que había en aquel lugar.

—No toque nada, señorita Okey —dijo—. A mi primo no le gustaría en absoluto. Zhelma se volvió bruscamente hacia él.

—¿Conoce al dueño de esta casa? —preguntó.

—Sí, aunque no sé si por suerte o desgracia.

—Tengo que buscarlo. Necesito hablar urgentemente con él.

—A mí también me gustaría; lo que sucede es que no tengo la menor idea de dónde puede encontrarse en estos momentos. Es un poco... imprevisible, ¿sabe?

—¿Significa eso que nunca actúa según planes fijos?

—Bueno... yo no diría tanto. Pero es un científico un tanto chiflado y puede imaginárselo fácilmente, no se comportan con demasiada lógica en las cosas que no son de su especialidad.

Zhelma meditó unos instantes. Luego alzó la vista y se encaró con su interlocutor.

—

Señor...

¿Cómo se llama?

—Oh, perdone, no me había presentado —dijo él—. Mi nombre es Hubert Kenn, pero

puede
llamarme
Hub

simplemente.

—Gracias, Hub. Por favor, dígame una cosa. Usted estuvo al otro lado de esa puerta.

—

Sí.
señorita.

—¿Qué vio? Llegó corriendo como si le persiguieran las fieras rabiosas. Cuéntemelo todo, con el máximo de detalles, se lo suplico.

—

No
se
lo
va
a
creer...
Zhelma
sonrió.

—Le aseguro que me lo creeré, por absurdo que usted mismo piense que es —dijo—. Empiece, por favor.

—

Muy
bien...

Kenn hizo un sucinto pero vivido relato de lo que le había sucedido con la amazona. Zhelma le escuchó sin interrumpirle en ningún momento. Cuando él hubo terminado, movió la cabeza.

—Es Kwoghom, no cabe duda —dijo—. Allí existe esa costumbre. No hay igualdad de sexos y las mujeres son las que dominan la sociedad, bastante primitiva, por cierto.

Kenn puso una
cara de tonto
imponente.

—¿Kwoghom?

—repitió—.

¿Qué es eso?

—El nombre de un planeta situado a casi cien años luz — dijo la chica sin pestañear. Extendió la mano—, Y esa puerta permite llegar instantáneamente a casi cualquier lugar de la Galaxia, ¿comprende?

El joven tenía la boca

abierta

estúpidamente.

—

No...;

eso

no

puede

ser...

—Sí —confirmó Zhelma—. Por eso quiero encontrar a su primo. Porque ha construido una puerta de traslación instantánea y lo ha hecho sin las debidas autorizaciones y, además, con una serie de fallos, que la convierten en un arma terriblemente peligrosa.

—Pero ¡qué arma ni qué niño muerto...! Oiga —gritó Kenn de repente—. ¿Cómo sabe usted tantas cosas?

—Porque estoy encargada de resolver los graves conflictos que el autor de esta puerta puede originar. Estoy seguro de que no me va a creer, pero soy supervisora de puertas espaciales y tengo la autoridad suficiente para clausurar las que se han instalado sin la debida licencia o con deficiencias en su funcionamiento.

Kenn

miraba de

rejojo a la

muchacha.

—

Tan

joven

—

comentó.

—No estoy loca —dijo ella, furiosa—. Le he dicho la verdad... Pero aguarde un momento.

Fue hacia la puerta, la abrió de golpe y mostró el panorama que había al otro lado.

Kenn tendió la vista y captó imágenes de un mundo horriblemente desolado, cubierto de nieve y en donde reinaba una borrasca espantosa. Los aullidos de! viento resonaron en sus oídos y la temperatura bajó instantáneamente.

Zhelma cerró. Volvió a abrir, pero lanzó un agudo chillido y cerró antes de haber abierto por completo.

—Menos mal que lo he visto a tiempo —dijo—. Si me descuido, habría abierto la puerta en el fondo de un océano, a más de cinco mil metros de profundidad. Por fortuna, hay siempre uno o dos segundos de interacción paralizadora y el agua apenas ha tenido

tiempo de entrar.

Estupefacto, Kenn miró el suelo, junto a la puerta, en donde había un pequeño charquito de agua.

—¿Qué..., qué habría pasado si hubiese dejado la puerta abierta? —preguntó.

—¿Qué le pasaría a un barco, con una escotilla abierta y a cinco mil metros de profundidad? Ese mar habría entrado aquí, a través del hueco, y hubiera anegado vastas zonas...

Kenn se pasó una mano por la cara. Ya no había alucinaciones, como había llegado a pensar más de una vez. Todo aquello era real, absolutamente verídico.

—La puerta —continuó Zhelma— tiene el importante fallo de la ausencia de un orientador direccional. Cada vez que abre, da a un lugar distinto y en un mundo diferente, aunque también puede suceder que funcione normalmente, es decir, como cualquier otra puerta, y permita el paso a la habitación contigua. Pero sin ese aparato, nunca se sabrá ¿dónde se puede ir ni qué se encontrará uno al abrirla. ¿Lo va comprendiendo?

—Sí. Usted ha buscado y no lo ha encontrado...

—Y, lógicamente, no tengo tiempo de fabricarlo. Por eso quiero encontrar al autor, porque, además de anticuado, el sistema es diferente del que conozco y necesito sostener con él una larga conferencia sobre el particular.

Kenn se
rascó la
cabeza,
perplejo.

—

Mire,
señorita
Okey...

—Zhelma,
por favor —
rogó la
chica.

—Está bien. El autor de todo esto es mi primo, ya se lo he dicho antes. Si tanto interés tiene en hablar con él, puedo ayudarla a buscarlo. Pero no sé dónde está.

—Usted conoce sus costumbres, sus hábitos...

—Es un poco impredecible, francamente, aunque conozco un par de sitios en los que. si no está ahora, ha podido estar hace poco.

Kenn se calló de pronto, mientras la contemplaba especulativamente.

—De modo que usted... no es terrestre...

—Procedo de Shybar. Décimo Planeta afiliado a la Séptima Federación de Mundos

Inteligentes

en

la

IV

Edad.

—Debe de estar muy lejos, me parece.

—Alrededor de cuarenta y ocho años luz, Hub.

—A la vuelta de la esquina —bromeó él—. Oiga, Zhelma, ¿no puede suceder que mi primo, una vez construida su puertecita, haya tenido la ocasión de utilizar y visitar algún mundo desconocido?

—No, porque se detectó la utilización de una puerta construida sin licencia, y además defectuosa, pero no se había captado presencia de seres inteligentes. —El pie de Zhelma golpeo el suelo de la estancia—. Por tanto, tiene que estar todavía aquí, en la Tierra —aseguró enfáticamente.

—Muy bien,
iremos a
buscarlo —dijo
él.

—Aguarda. —Zhelma le tuteó de repente—. Tal como están
las cosas, cualquiera puede usar la puerta. Deberíamos
taparla con algo...

—No hay cemento
ni ladrillos —alegó
Kenn.

—Podríamos
colocar alguna
cosa delante...

—
¡Un
armario!

—
Sí,
eso
es.

Kenn miró a su alrededor y no vio lo que buscaba. Pensó en la alacena de la cocina, pero desentonaría y cualquier intruso advertiría inmediatamente el truco. De pronto, se le ocurrió una idea.

—
Ven.

Zhelma.

Lila le siguió hasta el gabinete de trabajo, una vasta estancia en la que había unas grandes estanterías, repletas de libros.

Kenn señaló con las mano una de las estanterías.

—Tendremos que trabajar un poco, pero es lo mejor que podemos poner delante de la puerta —dijo.

—Perfecto —aprobó Zhelma

—. Manos a la obra, Hub.

*
*
*

La tarea resultó más larga y fatigosa de lo que habían supuesto, pero, sobre todo, porque Kenn, comprendiendo la gravedad de la situación, quiso que la labor quedase bien realizada. Cuando terminaron, el aspecto de la estancia hará cambiado notablemente; pero el resultado no podía ser más efectivo.

Amanecía ya. Kenn
se volvió hacia la
chica.

—Zhelma. ¿qué te parece si

desayunamos? —propuso.

—
Estupendo

—
aceptó
ella.

Un cuarto de hora más tarde, se sentaban ante la mesa.
Kenn señaló el aparatito que pendía del cuello de la chica.

—
¿Qué
es
eso?

—
preguntó.

—Una traductora automática... y
algunas cosas más —sonrió ella.

—¡Cielos! —exclamó Kenn—. De modo
que no hablas mi lengua...

—Si la desconectase,
no nos
entenderíamos.

—Pero yo entendía
perfectamente el lenguaje de
Drona.

—Sufriste una especie de transposición mental al pasar a
Kwoghom. Pero, en realidad, te entendías con ella
telepáticamente. Entonces, al percibir los sonidos de sus
palabras, se produce la ilusión de que comprendes el
lenguaje, cuando la realidad es que ¡a traducción se realiza
en tu mente.

—Ya. Eso ¿sucede en todos los
planetas de tu... Federación?

—Oh, no, en absoluto. Sólo en unos pocos; de lo
contrario, no usaría yo la traductora. Kenn meneó la
cabeza.

—Shybar debe de ser un mundo maravilloso —
dijo—. Me gustaría visitarlo...

—Todavía no
estás
preparado para
ello.

—

¿Cómo?

—La Tierra, a juzgar por lo poco que he podido observar, está aún en la II Edad de Civilización. Y habrán de transcurrir decenas de miles de años antes de que pueda pasar a la III Edad.

—Es decir, nos miráis como
unos salvajes o poco menos.

—Algo por el estilo —sonrió Zhelma—. Pero no te preocupes;
no vamos a venir a

colonizaros ni a procurar que adelantéis en las etapas de la civilización. Eso es algo que tienen que hacer los habitantes de cada planeta, por sí mismos y sin injerencias extrañas a ellos.

—¡Bravo! —aplaudió Kenn—, Un discurso realmente confortador. Y, ahora dime algo que me ha intrigado desde el principio.

¿Cómo localizaste la puerta?

—Yo utilicé la nuestra para llegar hasta la Tierra, porque no sabía qué podía suceder si lo hacía por la que habíamos detectado ilegal y con fallos. Pero cometí un pequeño error y me encerraron en la cárcel.

—

¡Qué!

—

respingó
el
joven.

—Ya lo oyes —contestó Zhelma—. Aunque, como puedes comprender, pude escaparme. En realidad, no resultó difícil, pero debes perdonarme si callo el método que utilicé para salir del encierro.

—Me acusaron de buscar «clientes» para cobrarles... no sé qué —dijo ella. Kenn ocultó una sonrisa.

—Algunos policías son demasiado suspicaces —dijo—. Te costó mucho localizar la puerta?

—Bueno, me habría costado más, de no haber detectado lie alguien la ponía en funcionamiento. Debió de ser cuando tú pasaste a Kwoghom. El movimiento se reflejó en mi detector y... Hub, ¿cuándo empezamos a buscar a tu primo?

—Después de desayunar y cuando hayamos fregado los platos —respondió él—. Por fortuna, tengo mi coche muy cerca de aquí y eso nos permitirá ganar mucho tiempo.

—Tenemos que hacerlo cuanto antes —dijo Zhelma, muy seria—. Faltando el orientador, y a pesar de que la puerta

haya quedado oculta, alguien podría hacerla funcionar. Dados los defectos que tiene en su construcción, podría suceder que, al abrirla, resultase haber quedado demasiado cerca de otro planeta.

—Oh, parece lógico. Pero ¿qué sucedería entonces?

—Una colisión de mundos y la Tierra y el otro planeta saltarían en pedazos —respondió la muchacha, sin asomo de broma en su voz.

CAPITULO IV

El jefe de policía de Bellavista, Martin Challoner, el sargento Grady, el guardia Howard y el gran personaje llegado directamente de la capital, acompañado de su secretario, con- templaban en silencio el boquete abierto en el muro del edificio.

Al cabo de un rato, el gran personaje se volvió hacia Challoner.

—Y dice
que esa
mujer
escapó...
Challoner
se volvió
hacia
Grady.

—
¿Sargento?
Grady
se
aclaró
la
garganta.

—En realidad, no sabemos cómo lo hizo. No escuchamos el menor ruido ni percibimos ningún movimiento extraño. Pero cuando el agente Howard vino a traerle la cena, vio el boquete, notó su falta y me avisó a mí. Eso es todo lo que podemos decir por ahora, señor.

El gran personaje entró en la celda y examinó atentamente los bordes del hueco. Luego se volvió hacia Challoner.

—Supongo que habrán tomado los datos, huellas dactilares y fotografía de la prisionera

—
dijo.

Challoner
se
volvió
hacia
Grady.

—

¿Sargento?

Grady
volvió

a

carraspear.

—Tenemos todos sus datos en la oficina, señor: nombre, apellido, huellas dactilares y una fotografía.

El gran personaje se volvió hacia su secretario.

—Llévese una copia del *dossier* —ordenó—. Usted, jefe Challoner, ordene que saquen copias de la fotografía de esa joven y que las repartan entre todos sus agentes.

—Sí, señor.

—Haremos más copias, miles, cientos de miles de copias —dijo el gran personaje—. Encontrar a esa chica, y encontrarla cuanto antes, es del más alto interés nacional.

¿Lo han entendido?

Tres cabezas se movieron al unísono. El gran personaje añadió:

—Pero no digan nada de los motivos por los cuales buscamos a la joven...-

El secretario cuchicheó algo al oído del gran personaje. Este escuchó atentamente y luego asintió.

—Sí, una excelente idea. Ya iba a proponerlo yo, por supuesto —dijo, adornándose con plumas ajenas—; aunque, de todos modos, le agradezco la buena intención. Jefe Challoner, hará publicar también pasquines de reclamación contra esa chica, acusada de asesinato y prometiendo una recompensa de veinticinco mil dólares por su captura... *exclusivamente viva*.

—Sí, señor; aunque mi departamento es pobre...

—Mi secretario le entregará ahora un cheque con cargo

a los fondos del gobierno. Pero, recuerden, es del máximo interés encontrar a Zhelma Okey cuanto antes. Ah, y ni una palabra del procedimiento que ha empleado para la evasión, ¿estamos?

—Descuide, señor —contestó Challoner.

El gran personaje se encaminó hacia la puerta, con aire lleno de pomposidad. Detrás de él, su secretario contuvo a duras penas el vivo deseo que sentía de arrearle un buen puntapié en su orondo trasero.

*

*

*

Hank *el Largo* temblaba todavía al recordar la horrible muerte de su compinche.

—Y dices que abrió la puerta...

—Cayó al fondo del desfiladero, jefe —contestó Hank—. Fue algo horrible. Nunca había visto una cosa semejante...

Holden Cartman, alias *Ojo de Oro*, se sirvió un whisky y, con el vaso en la mano, se retrepó en el sillón.

—Hank, cuatro mil dólares, para mí, no son nada —dijo apaciblemente—. Pero si tolero que la gente se largue sin pagar sus deudas, ya puedo cerrar el negocio y dedicarme a cantar himnos en una iglesia. ¿Lo has entendido?

Hank asintió con repetidos movimientos de cabeza.

—Sí, señor. Buscaré a ese tipo...

—Yo movilizaré a los confidentes. Pero tú estás solo ahora y necesitarás ayuda. Gino Laverne te acompañará. Si es posible, me lo traéis aquí; en otro caso, quitadlo de en medio. ¿Entendido?

—Descuide, jefe. Se lo traeremos para que usted mismo le ponga los zapatos de cemento.

Hank tendió la mirada a través del amplio ventanal que daba al jardín. La residencia de Ojo de Oro estaba rodeada por un enorme jardín, en el cual había una piscina de colosales dimensiones. Se estremeció al recordar el último tipo al que le habían puesto

«zapatos de cemento». Su jefe era un sádico; en lugar de llevarlo al río, lo habían metido en la piscina. Cartman había disfrutado enormemente con la agonía del desgraciado, que

pudo presenciar sin dificultad merced a la transparencia de las aguas. No le gustaría acabar de esa manera, se dijo, por lo que pensó que debería hacer lo imposible para encontrar a Kenn.

Aunque, eso sí, era humanitario y se dijo que le pegaría un tiro, para hacerle morir rápidamente y evitarle así la horrible agonía de ahogarse en el fondo de la piscina.

—¡En marcha, Largo! —ordenó Cartman. Hank se puso en pie casi automáticamente. —

Si,
jefe.

*

*

*

—Para aquí —
dijo Zhelma de
pronto. Kenn
arrimó el
coche a la
acera.

—Esto es un hotel —exclamó.

—Lo sé. Tengo algunas cosas en mi habitación y debo recogerlas. Además, cancelaré la cuenta; no sé cuándo volveré...

—De acuerdo.

Se apearon del coche. Kenn entró con la muchacha y ella fue a recepción para pedir la llave.

—Te espero en el bar —dijo Kenn—, ¿Sabes dónde está?

—Claro.

—Muy bien, no tardes.

—Descuida, Hub.

Kenn se encaminó al bar, y pidió una taza de café. A la izquierda, en una estantería, había un televisor encendido.

En aquellos momentos, estaban dando un noticiario televisado. De pronto, apareció la fotografía de una mujer.

Kenn la vio y parpadeó asombrado. Una voz en *off* dijo;

—La policía de Bellavista busca a esta mujer, Zhelma Okey, acusada de asesinato. Se pagará una recompensa de veinticinco mil dólares a la persona que facilite los datos para su captura. Las señas personales son...

Kenn se quedó atónito. ¿Era una asesina?, se preguntó.

En aquella noticia, presintió de inmediato algo oscuro. No.

Zhelma no era una asesina. La buscaban y no precisamente porque hubiese matado a alguien.

Reaccionó con rapidez. En el hotel había muchos huéspedes y en la recepción se advertía bastante movimiento en aquellos instantes. Pero si el recepcionista oía o veía algo...

Lanzó una moneda sobre el mostrador y abandonó el bar. En el vestíbulo divisó la tienda. Vendían tabaco, periódicos, flores y algunos objetos y chucherías. Se acercó allí y compró unas gafas oscuras, muy aparatosas.

Luego se fue a los ascensores. Con los nervios en tensión, esperó unos minutos. Cuando vio aparecer a Zhelma, lanzó un suspiro de alegría.

Zhelma llevaba pendiente del hombro un bolso de cuero de dimensiones más que regulares.

—Ya estoy lista —sonrió.

Kenn se fue hacia ella y le puso las gafas de color.

—¿Qué haces? —preguntó Zhelma, extrañada.

—Calla. Actúa con naturalidad. Han publicado una noticia. con tu fotografía. Te acusan de asesinato y ofrecen por tu captura una recompensa de veinticinco mil dólares.

—¡No! —respingó la chica.

—Como lo oyes. Vamos, pronto, antes de que sea demasiado tarde.

Kenn la empujó a lo largo del vestíbulo. Zhelma se detuvo repentinamente.

—¿Qué te pasa? —preguntó él.

—Espera. Tengo que pagar la cuenta...

—Déjate ahora de tonterías. Lo importante es abandonar este lugar cuanto antes.

—Pero...

—¿Quieres que vuelvan a encerrarte? Si lo consiguen, ¿crees que podrás escaparte de nuevo?

—Sí, tienes razón —convino Zhelma, hondamente preocupada—. Ya volveré aquí, cuando todo se haya aclarado.

—Espero que suceda algún día —
dijo Kenn fervorosamente.

Atravesaron la gran cristalera de entrada. Cuando llegaban al coche, vieron un automóvil policial que se acercaba en silencio.

—¡Corre, Zhelma! —gritó él

—, ¡Ya nos han localizado!

El encargado de recepción salió en el momento en que entraban en el coche y señaló con la mano hacia ellos. Los policías se habían apeado ya y corrían en busca de la muchacha.

—Estamos
perdidos

—gimió
Kenn.

Zhelma no pareció inmutarse. Levantó un poco el aparatito que pendía de su cuello y lo encaró hacia los agentes.

Un segundo después, los policías quedaban completamente desnudos, sin una sola prenda de ropa encima. Incluso habían desaparecido sus zapatos y hasta los revólveres que empuñaban.

En la calle, la gente, que ignoraba lo sucedido, empezó a reír. El recepcionista y el portero estaban atónitos.

—Chivato

—dijo

Zhelma,
furiosa.

Apuntó con el aparato al recepcionista y lo dejó en cueros. Los policías, abochornados, corrieron hacia el coche.

Kenn estaba atónito y no sabía qué pasaba allí, pero comprendió que el momento de confusión estaba a su favor.

—

¡Corre,

Zhelma!

—

gritó.

Ella retrocedió. El portero corrió como si quisiera atraparla. El aparatito funcionó una vez más y el vistoso uniforme desapareció instantáneamente. Con las manos en la entrepier- na, el portero, avergonzado, corrió a refugiarse en el interior del hotel.

Zhelma entró en el coche.

Kenn arrancó en el acto.

—No sé qué va a
ser de nosotros

—gimió.

—Tranquilo —dijo ella—. Saldremos adelante. No me interesa ni me preocupa que me persigan; lo que sí me preocupa es encontrar a tu primo.

—Sabe Dios
dónde se habrá
metido...

—Pero tú dijiste
que podrías
encontrarlo.

—Dije que sabía de un par de sitios en donde «quizá» pueda encontrarlo. Pero no es seguro. En cambio, sí es seguro que te persiguen a ti y que me han visto en tu compañía y...

—¿Siempre sois tan pesimistas los terrestres? —
preguntó Zhelma irónicamente.

Aquellas palabras parecieron obrar como un revulsivo en el joven. Meditó unos instantes, sin dejar de atender al tráfico y luego agitó una mano.

—Ya está —dijo—. Tengo la solución
para que no te encuentren.

—¿Puedo saber qué se te ha
ocurrido? —preguntó ella.

—Lo sabrás dentro de un cuarto de
hora —respondió Kenn.

CAPITULO

V

Tenía unos cuarenta años, era alta, pechugona y de amplias caderas, con el pelo peinado en una especie de copete, que parecía más bien el tocado de una dama medieval o la caperuza de un encapuchado del Klu-Kux-Klan. Fumaba en una boquilla de medio metro de largo y miraba al joven sin demasiada simpatía.

—Me debes un montón de «pasta», Hubert —dijo al fin Greta Mantell—. Te he fiado demasiado dinero en mi casa...

Kenn agitó las
manos con
vehemencia.

—Está bien, está bien, Greta —contestó—. Acepto que soy un invariable deudor tuyo, pero también te he hecho algunos favores en el pasado. Te pagaré en cuanto me sea posible. pero ahora ayúdame. Sabes lo que quiero, ¿no?

Greta volvió los ojos hacia la chica y la contempló críticamente durante unos segundos.

—Se puede
hacer —
murmuró al
cabo.

—Hazlo, Greta; para
estas cosas, eres la
única.

—Muy bien, de acuerdo.
Pero me deberás mil más...

—Un momento, señora —terció Zhelma—.
¿Cuánto le debe el señor Kenn?

—Eh, aguarda —exclamó el joven—. Tú no tienes por qué saldar cuentas que sólo son mías...

—No seas tonto, Hub —le interrumpió ella—.
¿Cuánto, señora Mantell?

—Bueno, con los mil que me

pagará por lo que me pide...

Dos mil trescientos, en total —contestó la dueña de la casa de juego.

—Antes de que me marche, habré cancelado esa deuda —aseguró la muchacha.

—Perfectamente. Ven, sígueme —dijo Greta.

Las dos mujeres se perdieron en el interior del edificio. Kenn se relajó un tanto. Greta era la dueña de una casa de juego en la que, además, se proporcionaban otras diversiones a la clientela.

Años atrás, él había evitado un atraco. Los asaltantes decidieron actuar en el momento del cierre, cuando más dinero había. Kenn iba a quedarse a pasar el resto de la velada con la propia Greta. Estaba en el baño contiguo al despacho, cuando oyó las voces de los atracadores. Había actuado rápida y contundentemente, arrojándole a uno de ellos un pesado taburete. El otro le disparó un tiro que no hizo blanco y recibió a cambio el impacto de un pesado frasco de loción en pleno rostro. La policía hizo el resto y Greta se sintió muy contenta, porque había evitado la pérdida de casi treinta mil dólares.

Greta, además, hacía otras cosas, a veces reñidas con la ley. Kenn lo sabía y por ello le había pedido ayuda.

Las dos mujeres regresaron una hora después. Kenn se quedó estupefacto.

La transformación de Zhelma era asombrosa. Ahora tenía la piel de color canela muy fuerte y el pelo en un aparatoso peinado «afro». Vestía blusa y pantalones muy ceñidos, de una tela horriblemente coloreada, a cuadros blancos, rojos y negros, y pendiente de la nariz llevaba un pequeño arete.

—¿Qué te parece? —preguntó Greta.

—Fantástico. No la conocería ni su mamá...

—El pendiente me molesta —se quejó Zhelma.

—Es la última moda —dijo Greta—. Hubert, tú debes comprarte otras ropas y ponerte un bigote postizo.

—Lo haré en seguida —prometió él.

Greta entregó un frasquito a la muchacha.

—El tinte de tu piel durará cuatro o cinco semanas, pero si crees que ya no es necesario que sigas disfrazada, arroja el contenido de este frasco a la bañera y el color natural volverá en seguida. El tinte está calculado para resistir de treinta a treinta y cinco baños, a razón de uno por día. Después ¿«aparece por sí solo.

—Muy bien —contestó Zhelma—. Gracias por todo, Greta; pero antes...

Abrió el bolso y sacó un fajo de billetes de Banco que hizo parpadear a Kenn. Todos eran de cien y había al menos un centenar.

Por discreción, no quiso preguntar a la muchacha de dónde había sacado tanto dinero. Zhelma, ajena a la curiosidad de Kenn, separó veintitrés billetes y se los dio a Greta.

—¿Suficiente?

Greta soltó una risita.

—Desde luego. Adiós, encanto. Hubert, hasta la vista.

—Adiós, muñeca.

Salieron a la calle. Al subir a su coche, Kenn se vio asaltado por una duda

—Zhelma, todavía tienes que explicarme cómo desnudaste a los agentes de policía —dijo—. Pero creo segura una cosa: a pesar de todo, tuvieron tiempo más que suficiente para tomar la matrícula de mi coche.

—¿Significa eso que mi disfraz no es suficiente para eludir la persecución?

—Después de lo que he visto en la televisión, puedes tener la seguridad de que todos los agentes de policía de la ciudad están tratando de dar con nosotros.

Kenn había hecho arrancar ya el coche y buscaba orientarse hacia el lugar al que

pensaba dirigirse a continuación. Zhelma pareció quedarse pensativa unos instantes.

—Entonces, necesitaríamos cambiar de coche —dijo al cabo.

—Exacto. Pero hay dos factores en contra. Yo no tengo dinero apenas y no me atrevo a acercarme a ningún vendedor, porque ya estarán advertidos y nos denunciarían inmediatamente.

—¿Quieres que lo compre yo?

—Zhelma, me sabría muy mal que cargues con todos los gastos. Precisamente, iba a buscar a mi primo para que me hiciera un préstamo...

Ella conocía la historia de las dificultades que el joven tenía con Ojo de Oro.

—Bueno, por eso no te preocupes —contestó sonriendo—. Además, vas a ayudarme a encontrar a tu primo y eso merece la pena todos los gastos que sean necesarios. Y si lo pienso bien, creo que tampoco será necesario que cambiemos de coche.

—Por favor, Zhelma...

Repentinamente, un coche policial se acercó a ellos, con un agudo estridor de sirenas y vivo chisporroteo de luces. Kenn lanzó una maldición.

—Ya los tenemos ahí —exclamó.

El coche patrulla se situó paralelamente al ocupado por los dos jóvenes. Uno de los policías les hizo señas con la mano para que se apartaran a un lado de la avenida.

—No podemos escapar —masculló Kenn, furioso.

—¡Espera un momento! —gritó Zhelma—, Hub, pisa a fondo. ¡Pisa a fondo, te digo! Kenn obedeció maquinalmente. El automóvil aceleró su marcha, pero el de la policía no

quedó a la zaga. Súbitamente, Kenn notó que algo le empujaba de abajo arriba.

El coche había alcanzado ya los ciento veinte por hora. Atónito, vio que se elevaba como si fuese un avión, acelerando con gran rapidez. En cuestión de pocos segundos, estuvieron al nivel de los edificios más altos.

—Pero ¿qué pasa aquí? —gritó el joven, aterrado—, ¡Nos hemos despegado del suelo! Zhelma tenía algo en las manos, observó él, con el rabillo del ojo. Eras una especie de

cajita de control, con una minúscula antenita y una palanca que no tenía más de dos centímetros de largo y que podía moverse en todas direcciones. Zhelma empujó la palanca un poco hacia adelante y el coche pareció salir disparado, a más de trescientos kilómetros por hora.

En la avenida quedaba una estela de «Oh» y «Ah» de admiración, lanzados por cientos de personas que habían sido testigos del inusitado espectáculo. En cuanto a los policías de patrulla, uno estaba fuera de servicio, con un tremendo *shock* nervioso, y el otro trataba de comunicarse con la central. para informar del extraordinario suceso.

Cuando la noticia llegó a oídos del comisario general, ordenó que los dos policías fuesen examinados por una banda de psiquiatras, para conocer su auténtico estado mental. Sólo después de que varios testigos de reconocida solvencia declararan lo mismo que habían visto los agentes, el comisario general se dispuso a entablar contacto con el gran personaje.

*

*

*

Profundamente desanimados. Hank *el Largo* y Gino Laverne, entraron en el despacho de su jefe y le informaron del resultado negativo de sus gestiones.

—Ni rastro —dijo Hank.

—Como si se lo hubiera tragado la tierra —añadió Laverne.

Los dedos de Cartman tabalearon sobre la mesa. Durante unos momentos, guardó silencio, hasta que al fin, empezó a hablar.

—Hank, tú y Pete habíais seguido a Kenn hasta una casa —dijo.

—Sí, señor.

—Según lo que dijiste antes, esa casa de Bellavista pertenece al profesor Frankie

Tolliver.

—Así es, en efecto.

—Pero Kenn fue directo a la casa y entró en ella como si la conociera. Y no cayó al precipicio.

—Bueno, me parece que tiene razón...

—Luego si conocía la casa, conocía también a su dueño.

—Parece lógico,

jefe —convino

Laverne.

Cartman levantó

el dedo índice.

—Esperad un momento.

Marcó unos cuantos números en el videófono y esperó un momento. El rostro de un individuo rechoncho, calvo y de unos cincuenta años, apareció muy pronto en la pantalla.

—Hola, Holden —
saludó—, ¿Suced
algo?

—Estoy buscando a
un tipo llamado
Kenn...

—¿Tú también quieres ganarte los veinticinco «grandes»
que ofrecen por su captura?

—No me vendrían mal, Doc, pero si lo busco es por otros
motivos. Se burló de mí y no me gusta que me tomen el pelo.
Escucha, tú tienes una memoria de elefante. Además,
conoces a Kenn.

—Sí, bastante, aunque no nos hayamos tratado apenas.
Parece un contrasentido, pero tuve que adquirir mucha
información sobre él, cuando cierta viuda me contrató para
saber qué clase de tipo era, porque quería hacerlo su marido.

—Bueno, Doc, en tal caso, dime si sabes la posible relación
que pueda existir entre Kenn y el profesor Tolliver.

—Son primos hermanos —contestó el detective instantáneo
—. Es decir, hijos de hermanas. Por eso los apellidos son
distintos.

—Claro, eso lo explica todo... Oye, ¿no sabrás por casualidad
si Tolliver tiene una casa en la capital?

—Sí,
claro.
Anota,
por
favor.

Unos segundos más tarde, Cartman entregaba
un papel a sus dos secuaces.

—Tolliver vive ahí. Quiero que habléis con él y... no me
vengáis sin la noticia que quiero saber, ¿entendido?

—Tolliver puede negarse a

hablar, jefe —objetó Laverne.

—¿Tienes ganas
de que te
despida, Gino? El
Largo dio un
codazo a su
compinche.

—No seas estúpido —le apostrofó—, Tolliver hablará y hasta
cantará y bailará si se lo
pedimos. Descuide, jefe; volveremos con la
noticia que tanto le interesa.

—Así me gusta —sonrió Cartman—, Además, después
podemos entregarlo a la policía y siempre nos ganaremos una
pasta extra.

—Sería estupendo —rió Hank, a la vez que
echaba a andar hacia la puerta.

*

*

*

El coche había quedado estacionado fuera del camino, oculto
por un bosquecillo de álamos. Zhelma aguardaba
pacientemente en el asiento. Al fin vio venir a Kenn con dos
placas en la mano y un destornillador en la otra.

—Lo has conseguido —
dijo, a la vez que se
apeaba.

—Sí. El otro coche estaba en buena posición y su dueño se
hallaba tomando un café en el parador de la estación de
servicio. Ni siquiera se han dado cuenta de que le he quitado
las placas de matrícula.

Kenn empezó a trabajar, para sustituir las placas de su coche
por las que había sustraído.

—Eso no sería necesario, si
volásemos —legó Zhelma.

—Hay radar —contestó él—. Y una vez, para escapar, se puede hacer, pero lo que más

nos conviene
es pasar
desapercibidos.

—¿Desapercibidos? —Ella se tocó la crespa cabellera—,
¿Con estos pelos? Habrán dado nuestra descripción...

—No tuvieron tiempo; sólo se fijaron en la matrícula. Vieron
dos personas en el coche,
es cierto, pero tú lo hiciste despegar antes de que
pudieran captar más detalles.

—Está bien.

¿Qué haremos
ahora, Hub?

—Cuando Frankie se siente fatigado, suele retirarse a un
hotel situado al sur, a casi mil kilómetros de distancia. Es
posible que haya trabajado demasiado en los últimos
tiempos y esté allí, en el hotel.

—

Podríamos
utilizar el
videófono...

—Olvidalo. Va a ese hotel, se inscribe con nombre supuesto
y, además, no contesta llamadas. Tenemos que ir
personalmente.

Zhelma miró
despreciativamente
el automóvil.

—Con este trasto, tardaremos al
menos diez horas —dijo.

—Y se está haciendo de noche y tendremos que pernoctar
en alguna parte. Pero no quiero alojarme en ningún motel.
Compraré una tienda de campaña y sacos de dormir y
algunas provisiones. Luego ya encontraremos un sitio donde
pasar la noche. ¿Te parece bien?

—No hay
inconveniente —
se resignó ella.

—Minutos más tarde. Kenn terminó la tarea y se sentó tras el volante. Arrancó, salió al camino y buscó la autopista que les llevarla al supermercado todavía abierto.

—Zhelma, explícame, por favor, ¿cómo dejaste desnudos a los policías?

—Oh, es la traductora automática. También sirve para otras cosas, por ejemplo, para desintegrar cosas.

Kenn

se

estremeció.

—Como una

pistola

atómica,

vamos.

—No seas exagerado. Sólo desintegra materia inorgánica o, si es orgánica, ya muerta. Por ejemplo, la rama separada de un árbol, pero no el árbol.

—Uf, respiro —dijo él—, ¿Y el chisme que nos hizo despegar?

—Es un creador de campo antigravitatorio. Origina una esfera en torno a nosotros, de unos cinco o seis metros de diámetro. Tiene incorporado un mando a repulsión, que es el que proporciona la velocidad deseada.

—Y todo eso lo

han inventado

en Shybar.

—

Exactamente.

—Bonito mundo.

Mc gustaría
conocerlo.

—No

puedes —

respondió

Zhelma.

—

¿Por

qué?

—Eres de un mundo situado en la II Edad Civilizada. Nosotros pertenecemos a la IV. Las luces de la autopista estaban ya a poca distancia. Kenn hizo una mueca.

—Otro rato me explicarás eso, ¿eh? Decir que no somos civilizados... —refunfuñó.

Ella sonrió, pero guardó silencio. El coche entró en la autopista y Kenn no conectó el programador de viaje automático, porque iban a desviarse a pocos kilómetros de distancia. Antes de que hubieran pasado diez minutos más, entró en el estacionamiento del hipermercado.

—¿Quieres darme dinero? Con doscientos dólares habrá más que suficiente —dijo.

—Está bien.

Kenn fue a la tienda y volvió a poco con un enorme bulto en las manos. Después de dejarlo en el portaequipajes, se sentó tras el volante y arrancó inmediatamente.

Empezaba a darse cuenta de que Zhelma podía hacer muchas más cosas de lo que parecía a simple vista. Por tanto, apenas estuvieron nuevamente en la autopista, le hizo una pregunta.

—¿De dónde has sacado el dinero?

—Oh, de mi reproductor de cosas. Es pequeño, sólo sirve para objetos de dimensiones reducidas: un trozo de pan, una camisa... En Shybar tenemos reproductores capaces de obtener enormes edificios en cuestión de segundos.

—Pero esas reproducciones son absolutamente exactas al original.

—Claro. De lo contrario, no tendría sentido construir una máquina semejante...

Kenn miró de reojo el enorme bolso que descansaba sobre el regazo de la muchacha y del que ella no se separaba en ningún momento.

—Por fortuna, lo que he comprado valía menos de cien dólares y no he necesitado usar el segundo billete —dijo.

—Mejor para nosotros, Hub —sonrió ella.

—¡Por todos los diablos! —gritó Kenn exasperadamente—. ¡Has reproducido lo menos cien billetes y todos ellos tienen la misma numeración!

CAPITULO VI

El hombre se levantó de la mesa de ruleta y caminó hacia la caja donde le cambiarían las fichas. Greta Mantell, con su inevitable boquilla en la mano, le dirigió una amable sonrisa.

—Ha
habido
suerte,
Rocky —
dijo.

—Un poco —contestó el sujeto—. Mil quinientos, pero- no quiero seguir arriesgando más. Me conformo con las ganancias. Otra noche serán para ti, Greta.

—Pasa por caja. Si lo
prefieres, te darán un
cheque...

—Billetes, billetes. Nada de papeles, aunque no es
que desconfíe de ti, ¿sabes?

Greta le dirigió una desvaída sonrisa y continuó vigilando la actividad de la sala de juego. Había bastante clientela y la noche se prometía fructífera. Los mil quinientos que se llevaba Rocky Warren eran una fruslería comparado con lo que pensaba ganar al término de la jornada.

De pronto, sintió que le tocaban en el hombro. Al volverse, vio a Warren que le enseñaba quince billetes, abiertos en abanico.

—Greta, ¿qué significa esto? —preguntó el hombre—, ¿Te dedicas ahora a fabricar
«estampitas»?

—¿Acaso crees que son
falsos? —se sublevó la
mujer.

—Hermosa, los billetes parecen legítimos, pero el que los hizo se olvidó de hacer correr la maquinita que graba las

cifras de serie. ¡Todos tienen la misma numeración!
Greta creyó que se le paralizaba el
corazón. Warren no bromeaba.

Examinó dos billetes rápidamente. Era mujer de veloces
reacciones y recobró la compostura muy pronto.

—Rocky, ven a mi despacho. Te daré billetes buenos. Se
juramente, se los pasaron al cajero... Es nuevo y no se habrá
fijado mucho...

Greta maldecía interiormente la idea que había tenido de
poner los billetes que le había dado Zhelma con los restantes
que guardaba en la caja. Ni siquiera se había molestado en
examinarlos.

Aquella chica, además de asesina, era falsificadora. Y el
bandido de Hubert Kenn estaba de acuerdo con ella. ¿O si no,
por qué ofrecían nada menos que veinticinco mil dólares de
recompensa?

Pagó en billetes buenos y quedó a solas en su despacho
durante unos momentos. La furiosa no la abandonaba un solo
instante. Kenn tenía que pagarle aquella faena, se dijo.

Al cabo de unos instantes, se decidió y marcó un número de
videófono. Conocía a un inspector de policía de toda su
confianza. Le daría pistas... y se repartirían la recompensa
entre ambos.

*

*

*

El coche había quedado cerca del arroyo. Kenn encendió la
lámpara portátil que había comprado y se dispuso a montar la
tienda de campaña, cosa que hizo en pocos

momentos. Al terminar, abrió un par de latas de conservas.

Cenaron con buen apetito. Kenn no quiso encender una hoguera para no llamar excesivamente la atención. Al terminar la cena, dijo:

—Mañana por la mañana, con luz suficiente, llenarás de agua el cubo y echarás un poco de ese líquido que te dio Greta. Cuando te hayas rebajado el color, te meterás en el arroyo y mojarás el cabello y te lo lavarás abundantemente con jabón. No se volverá de tu color natural, pero quedará liso, ¿comprendes?

—Lo siento —dijo ella, contrita—. No se me ocurrió pensar que los números serían los mismos...

—Olvidalo. Ya está hecho y, por fortuna, en el supermercado no se han dado cuenta. Y tardarán mucho en encontrar otro billete con la misma numeración.

—
Pero
a
Greta
le
di
veinte.

—Espero que lo haya notado y sepa guardarlos, hasta que podamos cambiárselos. Es de confianza, ¿sabes?

—
Si
tú
lo
dices...
Kenn
sonrió.

—Animo, muchacha —dijo—. Hemos ganado casi trescientos kilómetros. Remataremos el viaje mañana al anochecer. Entonces, seguro, habremos localizado a mi primo. Pero tienes que decirme una cosa.

—

Sí,

Hub.

—¿Tiene

Frankie que

anular la

puerta?

—Sí. Destruirla, destruir todos sus apuntes, todas las anotaciones que haya podido hacer sobre el particular. Las posibilidades de una catástrofe son relativamente exiguas, pero el peligro sigue subsistiendo. Y es preciso eliminar todo porcentaje de riesgo, ¿comprendes?

—Se lo diremos, no le preocupes. Pero, en último caso, yo podría hacerlo...

—

¿Cómo.

Hub?

—Pues con una buena carga de dinamita, por ejemplo.

—¡Ni lo sueñes! Provocarías la catástrofe que trato de evitar —exclamó ella horrorizada—. Eso tiene que hacerlo el propio Frankie, invirtiendo los trabajos de un modo absolutamente exacto. Es decir, empezando por el final, hasta llegar al principio; no sé si me comprendes.

Kenn

parpadeó.

—Eso es como deshacer un *pullover* de lana, tirando de un cabo, hasta reunir toda la lana en un gran ovillo. No puedes deshacerlo a tijeretazos, ¿verdad?

—La metáfora es absolutamente descriptiva, ajustada por completo a la realidad. Kenn sonrió.

—Descuida, Frankie lo hará —aseguró—. Y ahora, ¿qué tal si nos acostamos un poco?

—Estoy cansada, en efecto —admitió ella.

Entraron en la tienda y cada uno se metió en su saco de dormir. Kenn apagó la lámpara, cerró los ojos y trató de

pensar en las extraordinarias aventuras en que se había visto involucrado desde que llegó a casa de su primo, perseguido por dos hampones. Se preguntó si todo acabaría bien... o alguien, al abrir impensadamente la puerta espacial, provocaría la explosión de dos planetas.

—Ni nos enteraríamos —musitó, sintiéndose ya vencido por el sueño.

Cuando despertó por la mañana, el sol estaba bastante alto. Maldijo entre dientes, al haber olvidado la compra de un despertador, pero ya no había más remedio que soportar aquella pequeña desdicha.

Zhelma continuaba apaciblemente dormida. Kenn decidió asearse en el arroyo. Luego la despertaría.

—Total, una hora más, poco importa —rezongó.

Salió de la tienda, estiró los brazos y se quedó así, petrificado, con los ojos desmesuradamente abiertos. Luego, de pronto, giró en redondo y lanzó un agudo grito:

—¡Zhelma, nos han robado el coche!

*

*

*

Los policías de carretera examinaban el coche con meticulosa atención. Su conductor estaba en el interior del coche de patrulla, esposado, maldiciendo entre dientes la malhadada idea que había tenido de rebasar la velocidad permitida, lo que había motivado su arresto inmediato.

Los policías tenían la nota de las matrículas robadas a un coche, cuyo propietario había denunciado el hecho inmediatamente. También sabían de un automóvil de determinadas características, que correspondían por entero a las del que tenían detenido a un lado de la carretera.

—Es éste, no cabe duda —
dijo al fin uno de los policías.

—Entonces, el tipo sabe
dónde están sus ocupantes.

—

Claro.

—

Bien,
vamos
allá.

Los policías
se

acercaron a
su coche.

—¿Dónde están los
dueños? —preguntó
uno.

—Está bien —dijo el ladrón—. Lo encontré a seis kilómetros de aquí. Ellos han pernoctado en un prado, no lejos de Barleigh. Se llega por un camino que arranca a cuatro kilómetros de este sitio y sigue hasta el arroyo, a uno y medio del viejo molino. Allí estarán todavía, supongo.

—Es curioso. ¿Por qué no te has alejado más, si se lo robaste cerca de medianoche?

—Bueno, yo también tenía sueño y estuve durmiendo un buen rato en la cuneta... El policía no quiso oír más explicaciones.

—Llamaré por radio a la central. Que envíen un helicóptero —dijo.

—Buena idea

—convino su
compañero.

*

*

*

—Pero... ¿cómo han podido robarnos el coche? —exclamó Zhelma, no menos asombrada que el joven—. Tendríamos que haber oído el ruido del motor, ¿no te parece?

—El ladrón fue muy astuto —explicó Kenn—. Yo había dejado el automóvil ahí, en ese

sitio exactamente. Como observarás, hay una ligera pendiente que va hacia el camino. El ladrón no tuvo más que entrar en el coche, que no había quedado cerrado, sentarse tras el volante, quitar el freno de estacionamiento y poner la palanca de cambios en punto muerto. Sin hacer el menor ruido, el coche empezó a deslizarse hasta...

—No sigas, me imagino el resto —cortó ella—.

Bien, ¿qué hacemos ahora?

Kenn

se

encogió

de

hombros.

—No se me ocurre nada, salvo lo que acordamos anoche: tienes que cambiar tu aspecto.

—De acuerdo,

empezaré

ahora mismo.

Una hora más tarde, Kenn cargó

con lo más indispensable.

—Emprenderemos la marcha ahora mismo. Pero atravesaremos la comarca en sentido opuesto. Al otro lado, anoche, me pareció ver luces de un pequeño pueblo. Allí, podremos...

—

¿Robar

otro

coche?

Kenn

hizo

una

mueca.

—Tengo una tarjeta de crédito —contestó—. Si no han escuchado las noticias... En estos pueblos, se vive bastante alejado de la agitación de las grandes ciudades...

Un poco más allá, encontraron un puente de madera, que

cruzaron sin detenerse. Cinco minutos después, desembocaron en un extenso prado, en el que se veían pastando algunos caballos.

Zhelma
se
detuvo
de
pronto.

—Hub, se me ha
ocurrido una idea

—dijo.

—A
ver,
habla

—
pidió
él.

—
Esos
caballos...

—Por favor —contestó Kenn, muy irritado—. Primero, no son nuestros. Segundo, yo no sé montar. Y tú, me parece, tampoco...

—Pero el caballo no sabe que nosotros no sabemos montar. ¿verdad? —dijo ella, sonriendo deliciosamente.

—¿Sabes que hay más de setecientos kilómetros hasta el lugar donde nos aguarda mi primo?

—Oh, sí, claro, pero podremos llegar muy pronto. Anda, ven.

Zhelma echó a correr. Estaba tremendamente atractiva, con aquel disparatado vestuario que le había proporcionado Greta Mantell, aunque su piel, después del baño y la sesión de retoque, había perdido buena parte del color casi completamente negro que había adquirido artificialmente. El pelo había vuelto a su forma habitual, aunque seguía siendo

negro.

Kenn levantó los ojos al cielo, musitó una silenciosa oración y siguió a la chica. Ella estaba ya dando vueltas alrededor de un caballo de bella estampa.

—Ese no —dijo Kenn de pronto—. Es demasiado... fino. Mira, ese otro; tiene un aspecto mucho más robusto. Casi parece un percherón.

— Bueno, lo mismo da. ¿Mc ayudas a montar?

—

¿A pelo?

—No hace falta más, hombre.

Kenn asió a la chica por la cintura y la situó sobre el lomo del animal., que no pareció inmutarse. En el mismo momento, se oyó un ruido extraño que procedía de las alturas.

—¡Un helicóptero de la policía! —gritó el joven.

El aparato estaba tripulado por dos hombres. El acompañante del piloto, señaló hacia abajo.

—Mira, creo que son ellos —exclamó.

El piloto describió un rápido círculo sobre el prado. Luego conectó el altavoz que había bajo el vientre del aparato.

—Habla la policía —dijo, y su voz atronó el prado—. No se muevan de donde están. Venimos a detenerles, pero les aseguramos que serán bien tratados. Permanezcan donde están...

—Aprisa, Kenn —gritó la muchacha—. No podemos perder un segundo más.

Kenn montó de un salto. No lejos había un bosque. El helicóptero no podría aterrizar allí. Podrían esconderse entre la frondosidad...

De pronto, oyó un agudo grito de rabia.

—

¡Bandidos, dejen ese caballo!

Kenn volvió la cabeza y divisó a un colérico granjero, que corría hacia ellos, con una escopeta en la mano.

—Jesús, qué cosas me están pasando desde que conocí a esta demente —murmuró

Kenn.

Y, súbitamente, el caballo se elevó por los aires y salió disparado a toda velocidad.

El granjero estaba apuntando ya a los ladrones con su escopeta. Vio el caballo que despegaba como si fuese el mitológico Pegaso, lanzó un alarido y cayó de espaldas, con

los brazos en cruz, completamente sin sentido.

El piloto del helicóptero y su acompañante lo vieron también. El primero sintió un terrible vértigo.

—No puedo más... Esto no es posible; estoy soñando... Jim, voy aterrizar... Me siento incapaz de gobernar este chisme.

El otro policía tenía los ojos fuera de las órbitas, aunque conservó la serenidad suficiente para lanzar un mensaje:

—Aquí, Unidad Cinco-Dos, en cuadrícula Catorce-Veinte. Acabamos de avisar a los fugitivos. Están a bordo de un caballo de dolor rojizo, con frente y cola y patas blancas. Acaban de despegar y se dirigen hacia el sur. El piloto se ha puesto enfermo y tratará de aterrizar. Eso es todo.

Alguien rugió en el centro de comunicaciones:

—Oiga, Cinco-Dos. ¿está loco? ¿Desde cuándo un caballo puede despegar como si fuera un avión?

—Por lo menos, desde hoy. Velocidad estimada del caballo volador, doscientos kilómetros a la hora... Está acelerando... Sigue, sigue; es algo increíble... ¡Ya lo he perdido de vista, Central!

—Cinco-Dos, le voy a expedientar. Haré que le expulsen de la policía por beber en horas de servicio, ¿me oye?

—Creo que... que no será necesario, Central. Dimitiré... No lo puedo soportar; es superior a mis fuerzas. ¡Montaron en un caballo y despegaron! ¡Y el caballo volaba, volaba...!

El policía cortó la comunicación. Su piloto acababa de aterrizar y los dos saltaron fuera

del aparato y, arrodillándose. besaron el suelo, con evidente satisfacción por saberse a salvo.

CAPITULO VII

De cuando en cuando, el caballo, evidentemente sorprendido por lo que sucedía, agitaba las patas como si galopase. Zhelma procuró tranquilizarle, dándole fuertes palmaditas en el cuello.

—Calma,
calma,
caballito
bonito...

Kenn parpadeó varias veces. Miró hacia abajo y sintió vértigo. Lo menos volaban a mil quinientos metros de altura.

—
Zhelma...

—
Dime,
Hub

—
contestó
ella.

—
¿Tenéis
caballos
en
Shybor?

—Pues sí, aunque son un poco diferentes. Pero, en el fondo. son los mismos que aquí.

—Y vamos
volando y no
siento el aire...

—Es que la esfera antigraavedad forma una especie de aislamiento del ambiente exterior. Como si estuviésemos dentro de una burbuja de cristal, ¿sabes?

—Si. Pero... también podrías
haber volado sin caballo...

—Cuando se usa este útil aparatito, resulta necesario estar situado sobre algo que tenga masa, no importa lo que sea. De lo contrario, el chisme no funciona.

Kenn
torció
la
boca.

—Menos mal que no se te ha ocurrido montarte sobre mis hombros —rezongó.

—Lo pensé,
pero no quise
humillarte.

—Gracias, pero ¿has pensado que nos vieron los del
helicóptero, además del granjero? A
estas horas,
saben ya lo que
ha pasado...

—Hub, procura razonar —dijo ella—. ¿Quién creerá que hemos escapado montando un caballo que vuela? Los policías del helicóptero irán a parar a un hospital para dementes. Al granjero le sucederá algo parecido. Dirán que han visto visiones...

—¿De veras? ¿También dirán que el piloto de esa avioneta ha visto visiones?

Ella volvió la cabeza. A doscientos metros a la derecha, se divisaba un pequeño aeroplano monomotor, de cuatro plazas, cuyo único ocupante les miraba con infinito asombro.

De pronto, la avioneta picó de morro, indudablemente asustado el piloto por lo que estaba viendo. No obstante, consiguió recuperar, se elevó y dio una vuelta entera alrededor del caballo «volador» y sus dos ocupantes.

—Está hablando por radio —gritó Kenn.

—Bueno, no te preocupes. Vamos a darle un pequeño susto.

Zhelma gobernó el aparato y el caballo se dirigió raudamente al encuentro de la avioneta. El piloto, aterrado, hizo una rápida maniobra y se hundió hacia abajo. Luego

Zhelma lanzó una alegre carcajada y aceleró todavía más la velocidad del caballo.

—Antes de dos horas, estaremos en las inmediaciones del hotel —vaticinó alegremente.

—Zhelma, quiero decirte una cosa —gruñó él.

—Sí, claro, lo que quieras.

—Si seguimos volando de esta forma, nos verán muchas más personas. Inevitablemente, acabarán por dar crédito a las informaciones. Sabrán que eres

extraterrestre. Nos buscarán con cientos de aviones y de helicópteros... ¿No podríamos escondernos en alguna parte hasta la noche?

—No —contestó ella con acento terminante—. El asunto es urgente. Hemos de evitar el riesgo que supone la puerta de tu primo. Pero si tanto te preocupa que puedan vernos...

Kenn no supo lo que había hecho la muchacha, pero, de repente, vio que se formaba en torno a ellos una especie de esfera translúcida. Permitía el paso de la luz, pero no dejaba ver lo que había al otro lado.

—Ahora somos invisibles —dijo Zhelma.

—¡Pero no vemos la ruta! —gritó él furioso.

—Todo no se puede tener en este mundo, me parece.

La esfera se aclaró un tanto.

—Estoy pensando una cosa. Zhelma —refunfuñó el joven.

—¿Sí. Hub?

—Si salgo de ésta, me meteré fraile cartujo.

—¿Qué es eso?

—Ya te lo explicaré otro rato. Zhelma, supongo que no pensarás aterrizar con el caballo delante de la puerta del hotel, ¿verdad?

—Claro que no. Hub, tú me guiarás y me indicarás un lugar apropiado para aterrizar.

Después llegaremos a pie. ¿Te parece bien?

—Desde luego —contestó él.

*

*

*

—Lo siento —dijo el elegante recepcionista—. El doctor Tolliver no se aloja en este hotel.

—Es profesor —gruñó Hank *el Largo*.

—Da lo mismo —dijo Laverne—. Pero quizá aquí, el amigo,

pueda decirnos si se hospeda un tal Stanley Harrison. Hank y su compinche habían conseguido averiguar datos muy interesantes, merced a la «colaboración» del conserje de la casa donde residía el profesor. Después, habían alquilado una avioneta y se habían trasladado al Seaside Hotel, lugar en donde solía alojarse Tolliver cada vez que necesitaba descansar. Stanley Harrison era el seudónimo que utilizaba, a fin de evitar molestias innecesarias y enojosas.

—Lo siento —repitió el empleado—. El señor Harrison no se hospeda en el Seaside. Laverne torció el gesto. El hotel era demasiado, elegante rara empezar a utilizar la fuerza bruta, a fin de conseguir sacar la verdad al recepcionista. Y, por otra parte, el hombre tampoco cedería ante una mísera propina de cinco dólares.

De pronto, sintió un codazo en el costado derecho.

—Gino, mira —susurró el Largo—, Es él, Kenn...

Laverne volvió la cabeza. Kenn entraba en el amplio vestíbulo del hotel, con la mano en el brazo de una hermosa muchacha.

—Esto sí que ha sido una suerte —sonrió—. Espera, veamos primero qué es lo que hacen.

Kenn y Zhelma se acercaron al mostrador. Momentos después, recibían una respuesta negativa.

—Pero... escuche —dijo el joven desesperadamente—. El profesor es mi primo. Necesito verle urgentemente... Ya sé que usa otro nombre cuando se hospeda aquí...

—Lo lamento infinito, señor —dijo el recepcionista.

—Me parece que nos está engañando...

Kenn notó un golpe en el brazo.

—Hub, dice la verdad —murmuró Zhelma, con la vista fija en el interior de su bolso.

—
¿Cómo?

—
respiró él.

—Tengo un detector mental. Tu primo no está aquí.

—Oh, no —se enfureció Kenn—, ¿Dónde se habrá metido ese bastardo?

—Hub, no sé dónde pueda estar tu voluble primo, pero hay un tipo que nos está mirando con demasiada insistencia. Lo mejor será que salgamos de aquí.

Kenn volvió la cabeza. A veinte pasos, un sujeto de rostro estólido parecía muy ocupado en leer un periódico. Pero lo tenía al revés, observó.

—
Sí,
larguémonos.

Agarró a la muchacha por un brazo y la empujó hacia la salida. Entonces, el hombre del periódico, corrió hacia un teléfono y marcó un número.

—Habla Davis —dijo—. Los tengo a la

vista... Ahora salen del hotel...

—Sígalos,
Davis —
ordenó
alguien.

—Sí, señor... Espere... Se meten en un coche con dos tipos...
Voy a ver si procuro no perderles de vista. Informaré por la
radio de mi coche, señor.

—Muy bien, enviamos
refuerzos inmediatamente.

Kenn y la muchacha se habían visto sorprendidos por el
simultáneo acoso de los dos hampones. La acción había
resultado lo suficientemente rápida, como para impedirles la
reacción.

—Te hemos cazado, Kenn —dijo Hank,
satisfecho—. Anda, entra ahí...

—Pero... Escucha, Largo, ya sé que
le debo dinero a tu jefe...

—Entra o le pasará algo a tu
chica —amenazó Laverne.

Kenn fijó la vista en el rostro
del sujeto. Al fin, asintió.

—
Vamos,
Zhelma.

Entraron en el coche.
Zhelma apretó los
labios.

—
¿Adónde
vamos?

—
preguntó.

—Nuestro jefe quiere ajustar cuentas con tu amigo —rió el
Largo—. Ya sé que tú no tienes nada que ver con el asunto,
pero así eres un seguro contra posibles jugarretas por parte
de ese granuja, ¿comprendes?

Laverne conducía el coche que habían alquilado en el mismo aeródromo. Con gesto enojado, Zhelma se arrellenó en el asiento posterior, sujetando el bolso con ambas manos.

El coche partió raudamente. Davis les seguía en otro automóvil a prudente distancia.

—Tenemos un avión que nos está aguardando —dijo Hank pasados unos momentos.

—Esto es increíble —dijo Kenn—. Debo sólo cuatro mil dólares a vuestro jefe y se está gastando otro tanto en localizarme. No lo comprendo...

—Lo comprenderás mejor, cuando sepas que Cartman no puede permitir que nadie se burle de él. Aunque sólo le debieras cinco pavos, se gastaría mil veces más, para localizarte y llevarte a su casa.

—El
prestigio
personal,
¿eh?
Davis, detrás de
ellos, informaba
por radio.

—Van en dirección nordeste, probablemente, hacia el
aeropuerto —dijo—. Envíe allí refuerzos; tengo la impresión
de que han sido secuestrados.-

—
Enterado
—le
contestó
su jefe.

El coche de los hampones rodaba velozmente, aunque sin
cometer infracciones que habrían podido despertar la
curiosidad de los policías de carretera. De repente, llegaron
a un cruce, señalizado con un Stop.

Entonces, con gesto discreto, Zhelma manipuló en el aparato
que pendía de su cuello y jugueteó unos instantes con él,
como si lo acariciara.

Y, repentinamente, el coche desapareció y los cuatro se
encontraron sentados en el suelo.

Y, además,
completamente
desnudos.

Davis frenó a menos de veinte pasos de distancia, con
los ojos fuera de las órbitas.

—
Dios,
no
es
posible...
Laverne
lanzó

un
aullido.

—

¿Qué
pasa
aquí?

Sentado sobre el asfalto, Hank miraba aturdidamente a todos los lados, creyendo que sufría alucinaciones. No sólo estaba desnudo sino que, además, había perdido la pistola. Zhelma fue la primera en reaccionar.

—¡Vamos, Hub! —gritó, a la vez que se ponía en pie.

Kenn no necesitó que le espolearan. Se sabía desnudo, pero ya no le importaba nada. Vio a la muchacha que corría hacia un bosquecillo que había a poca distancia y se lanzó tras sus huellas, sin dudar un solo instante.

En su coche, el agente
Davis hablaba por
radio.

—Ha ocurrido algo espantoso... El coche de los secuestradores ha desaparecido...

—Se habrán metido por algún camino lateral. Ya va un helicóptero de apoyo —le contestaron desde la central.

—No, no es eso... El coche ha desaparecido, pero ellos no; los tengo a la vista... completamente desnudos...

—

¡Davis!
¿Se
ha
vuelto
loco!

—Hay un par de automóviles más, que se han parado en el cruce de la noventa y una con la doce secundaria, a tres kilómetros del Seaside. Si no me cree a mí... Ahora huyen; los veo que corren hacia el bosquecillo que hay a la derecha...

—¡Desnudos o vestidos, salga tras ellos y no los

pierda de vista! —aulló el jefe.

—Sí,
señor;
ahora
mismo...

Davis desembarcó de su coche y se lanzó a todo correr tras las huellas de la pareja. No comprendía lo que había pasado; sólo sabía que su empleo peligraba si dejaba escapar a las dos personas más buscadas de todos los tiempos.

En aquellos instantes, llegaba un coche de patrulla y sus ocupantes arrestaban a Hank y Laverne, acusándolos de inmoralidad. Los dos hampones, como defensa, relataron su historia. Un cuarto de hora más tarde, les habían puesto sendas camisas de fuerza.

CAPITULO VIII

En el suelo había hierba, pero también asomaban algunas piedrecitas y raíces y ramitas, que hacían dificultosa la marcha. Kenn pisó una piedrecita. Lanzó una maldición y empe- zó a saltar a la pata coja.

—¡Zhelma, esto no puede seguir así ni un minuto más! —gritó—. Voy a entregarme a la policía y les contaré todo...

Ella se volvió
y le miró con
severidad.

—
¿Te
rajas?

Ken se señaló a sí mismo y luego
tendió una mano hacia ella.

—Fíjate, estamos desnudos, como nuestras madres nos
parieron. ¡Maldita sea! ¿Hasta cuándo va a durar esto?

—
Hub,
por
favor...
Zhelma
se
interrumpió
de pronto.

—
Nos
siguen

—
exclamó.
Kenn volvió la cabeza. Un hombre, pistola
en mano, corría hacia ellos.
—¡Alto! —gritó el agente Davis—.
Deténganse, en nombre de la ley.

Zhelma no se inmutó. Dirigió la traductora automática hacia el policía y le envió una descarga desintegradora.

Davis se encontró de repente desnudo y sin la pistola.

Abrió la boca, estupefacto. El instinto le hizo ponerse las manos delante de la entrepierna.

—

Oiga,
¿qué
me
ha
hecho?

—Vamos,
corre —dijo
la
muchacha.

Kenn reanudó su marcha, cojeando todavía. A Zhelma no le importaba demasiado mostrar su hermoso cuerpo sin la menor prenda de ropa y, en cierto modo, él también se sentía así muy cómodo, pero era evidente que no podían seguir desnudos por tiempo indefinido.

Davis había desistido de perseguirlos, acobardado y desconcertado por lo que le había sucedido. Mientras, Kenn y la chica atravesaban el bosquecillo y salían a un pequeño valle, en cuyo fondo había lo que parecía una pequeña granja.

—Allí podremos surtirnos de ropas —dijo ella.

Una mujer salió de la casa y se acercó al corral de las gallinas. Agazapado tras un arbusto, Kenn consideró la situación durante unos instantes.

Más lejos, se veía a un hombre arando la tierra con un tractor. Debía de ser el granjero, supuso; y ello significaba que en la casa había ropas para los dos.

—Zhelma, tengo una idea —dijo repentinamente.

—Dime, Hub.

Kenn explicó sus proyectos. Zhelma consideró la sugerencia y aprobó con un movimiento de cabeza.

—Está bien, se puede hacer —respondió—. Pero luego hablaremos muy seriamente.

—Lo que quieras, pero, recuerda, nos seguía un detective. Cuanto antes nos larguemos de aquí, será mejor para los dos, ¿comprendido?

—Comprendido —repitió ella.

Zhelma se deslizó una veintena de pasos lateralmente y, de pronto, disparó una descarga desintegradora contra la valla del corral.

De momento, no ocurrió nada. Pero unos segundos más tarde, las gallinas se precipitaron en estruendoso tropel por el agujero abierto en el cercado.

Un poco más allá, había un corral con cerdos. Zhelma abrió otro boquete. Los cerdos escaparon con gran alboroto de gruñidos. La granjera empezó a gritar desafortadamente, a la vez que agitaba los brazos con frenéticos movimientos, para impedir la huida de los animales domésticos.

—Eso la mantendrá entretenida unos momentos —dijo Kenn—. Vamos, pronto. Agachados, corrieron hacia el otro lado de la casa, en la que entraron sin el menor escrúpulo. Kenn buscó el dormitorio de los granjeros, encontrándolo rápidamente. Abrió el ropero y empezó a sacar prendas.

—Elige —indicó.

El se puso una camisa, pantalones de peto y un par de botas. La chica, por su parte, encontró una blusa, una falda y zapatos. Entonces, Kenn observó que Zhelma conservaba su bolso.

—Oye, eso tendría que haberse desintegrado también...

—Ha sido tratado especialmente para evitar se desintegre cuando utilizo el aparato — explicó ella sucintamente—. Hub, tengo hambre —añadió de pronto.

—Buscaremos en la cocina algo de comer, pero nos iremos lejos de aquí.

—Sí, claro.

Cinco minutos más tarde, salían de la casa sin ser vistos y se alejaban cautelosamente hacia las colinas del otro lado del valle. Kenn, además, había encontrado un viejo sombrero de fibra, que se había encasquetado sin vacilar.

El helicóptero enviado en apoyo del agente Davis voló por encima de ellos, pero sus ocupantes sólo vieron una pareja que evidentemente, eran granjeros que se dirigían a ver

algunas de sus tierras. El piloto informó haber perdido el rastro de la pareja y continuó su vuelo por si conseguía dar nuevamente con el hombre y la mujer a quienes todo el aparato legal del país perseguía afanosamente, sin haber conseguido el menor resultado hasta el momento.

*

*

*

Recostados sobre el césped, en un lugar particularmente frondoso, comieron con gran apetito. Luego Kenn dijo que era hora de efectuar un análisis crítico de la situación.

—Hasta ahora, la partida está en tablas. Si nosotros no hemos conseguido encontrar a mi primo, nuestros perseguidores tampoco han logrado atraparnos. Pero es evidente que esto no puede seguir así por tiempo indefinido.

—Tienes razón —convino la chica—. Hemos de hacer algo y estoy pensando desde hace rato...

—Zhelma, perdona, pero me gustaría que antes de seguir me dijeras una cosa —rogó Kenn.

—¿De qué se trata, Hub?

—Tú mencionaste ciertos estados de civilización. La Tierra está en el segundo y Shybar en el cuarto. ¿Cuáles son las diferencias que los separan?

—Está bien claro. la I Edad empieza cuando el hombre sabe ya que es un ser inteligente y, aunque su figura no se diferencia demasiado de la de los grandes simios, ya ha llegado a su mente la chispa de la razón. Ya sabe que es un ser humano y no una bestia.

—Comprendo. Sigue, por favor.

—La I Edad acaba justamente cuando el hombre inventa la rueda. El fuego es muy anterior, pero ha podido obtenerlo por medios naturales: una erupción volcánica, una tormenta con rayos... La rueda es fundamental en toda civilización inteligente.

—Y después, empieza la II Edad, que dura...

—Esa edad va de la rueda a la energía atómica y los primeros viajes por el espacio. Vosotros estáis aún a mitad: tardaréis cientos o miles de años en descubrir el secreto de los viajes a las estrellas. Entonces, por selección natural, entraréis en la III Edad, la cual puede durar varios millones de años, como nos sucedió a nosotros.

—¿Qué hay en la III Edad? —preguntó Kenn.

—La mente —respondió Zhelma—, El ser inteligente llega a ser prácticamente un espíritu puro. Abandona todas las herramientas, todos los aparatos, utiliza exclusivamente el poder de su mente..., incluso llega a eliminar los alimentos en su casi totalidad. Pero, a pesar de las aparentes ventajas que pueda tener ese estado, no es bueno. Por eso nosotros pasamos a la IV Edad, y utilizamos tanto la mente como el cuerpo. Un ser humano no podrá disociar jamás el cuerpo de su mente. Ambos se complementan recíprocamente y tan funesto es querer vivir sólo de la mente, como dejar de lado todo conocimiento y vivir exclusivamente de una forma corporal. Eso significa animalidad pura, Hub.

—Voy entendiendo. Es decir, tú tienes grandes poderes mentales, pero también posees un cuerpo orgánico y bien

proporcionado.

—Con las necesidades propias de todo ser viviente y, además mortal.

—Desde luego. Zhelma, esas fuerzas mentales, ¿incluyen la telepatía, como me sucedió con Drona en Kwoghom?

—Sólo hasta cierto punto y con la anuencia de la otra persona —respondió la chica—. Pero usamos los poderes mentales más bien en sentido puramente especulativo, de una forma científica y racional y nunca en perjuicio de terceros. Entonces, al llegar a la IV Edad, se abandona el estado de endiosamiento propio de la tercera y se armonizan perfectamente las funciones del espíritu y del organismo. Y entonces, alcanza la paz total entre los seres inteligentes.

—Maravilloso —aplaudió él.

—Pero esa paz se ha visto turbada por la construcción ilegal de una puerta a la Galaxia y yo soy la encargada de remediarlo —le recordó Zhelma.

—Hasta ahora, no se puede decir que tengamos éxito —dijo Kenn tristemente—. ¿Se te ocurre alguna idea para mejorar nuestra situación?

—Si, Hub.

Zhelma abrió su bolso y le entregó un billete de cien dólares.

—Creo que con esto tendrás bastante —dijo.

—¿Por qué me das ese dinero? —se asombró el joven,

—He decidido separarme de ti —contestó Zhelma resueltamente—. Voy a intentar la destrucción de la puerta por otro procedimiento.

—Pero... todavía sé de un sitio donde encontrar a mi primo...

—Procura encontrarlo. Pero si no lo consigues, no te preocupes. Yo no puedo esperar más; ya me he retrasado bastante.

Zhelma
se
puso
en
pie.

—Con ese billete podrás volver a tu casa —añadió sonriendo—. Ya sé que tiene la numeración repetida, pero la gente no se fija demasiado.

Kenn
se
levantó
de un
salto.

—¡Aguarda, Zhelma! —gritó—. No puedes dejarme solo...

Ella continuaba sonriendo. De pronto, abrió su bolso y sacó un disco de metal, con una cadenita, que colgó del cuello del joven.

—Esto me servirá para localizarte. No te desprendas de él ni un solo instante, Hub.

—
Bueno,
pero...

—Si te encuentras en grave riesgo, pero sólo en circunstancias verdaderamente excepcionales, presiona con dos dedos el borde del disco y apunta hacia el lugar de donde viene el peligro.

—¿Qué

pasará
entonces,
Zhelma?
Ella rozó con los dedos
su traductora
automática.

—Causa los mismos efectos —dijo—. Pero su carga, por decirlo así, es muy limitada. No abuses. Hub.

—Está bien. De todos modos, no me gusta que me dejes solo...

—

Hasta
la
vista.

La voz de Zhelma sonó ya desde el vacío. Aturdido, Kenn vio que la muchacha había desaparecido instantáneamente.

—¿Ha existido alguna vez? —se preguntó, sumido en un total desconcierto.

De pronto, bajó la vista. El medallón brillaba sobre la pechera de su camisa. El billete de cien dólares estaba en su mano izquierda.

Respiró
profundamente.

—Zhelma, volveremos a vernos —exclamó—. Y no te dejaré marchar otra vez. Sonrió, mientras daba el primer paso para emprender el camino de vuelta.

*

*

*

Caminó sin prisas, durmiendo al aire libre, a veces, robando en las granjas que encontraba en su ruta. Dos días después, con la barba un tanto crecida, entró en un supermercado y adquirió ropas nuevas, pero no llamativas.

Después fue a una estación de autobuses y compró un billete.

El vehículo le condujo hasta la capital en una jornada. Todavía le quedaba algo de dinero en el Banco, pero no se atrevió a firmar un cheque, sabiendo que estaba perseguido ferozmente por miles de agentes.

—Sin contar a Cartman y sus chicos —murmuró.

En su apartamento, encontró casi doscientos dólares. Sajó a la calle, y alquiló un taxi.

Bellavista estaba solamente a veinte kilómetros de distancia. Pero, de pronto, recordó que la casa de su primo en la ciudad estaba aún mucho más cerca y rectificó en el acto. Tolliver tenía una lujosa residencia en uno de los barrios más elegantes. Kenn hizo que el coche se detuviera frente a la casa, abonó la carrera y saltó fuera.

Momentos después, llamaba a la puerta. Clara Benson, ama de llaves del científico, abrió a los pocos instantes.

—¡Señor Kenn, qué sorpresa! —exclamó la mujer.

—Hola, Clara. ¿Está mi primo en casa?

—No, señor. Hace días que falta y aún no he tenido noticias suyas.

—Usted, naturalmente, no sabe dónde está.

El ama de llaves suspiró.

—Creo que usted conoce bien al profesor —respondió—.

Cuando se marcha, nunca dice adónde se dirige. ¡Pero a usted le busca la policía! —chilló

Clara repentinamente.

—¿Me cree un criminal?

—Oh, no, señor, aunque un poco atolondrado...

—Sí, eso es cierto —admitió él de mala gana—. Bien, Clara; ya que mi primo no está,

¿puede prestarme alguno de sus coches? Me robaron el mío...

—Al profesor no le gustará —objetó el ama de llaves.

—Oh, vamos, vamos, Clara. Déjeme el más viejo, ese de dos plazas, europeo que él apenas usa ya. Le juro que se lo devolveré intacto.

—Está bien, venga al garaje. Pero me veo despedida...

Kenn se echó a reír, a la vez que palmeaba el brazo de la mujer.

—Mi primo la aprecia a usted demasiado para despedirla por una cosa tan fútil —dijo. Era mejor ir en un coche ajeno

que en un taxi. El taxista podía recordar detalles comprometedores y él quería llegar a Bellavista sin ser advertido. Todos los policías le buscarían, pero a nadie se le ocurriría pensar que viajaba a bordo de un «Austin» descapotable de treinta años antes.

En el momento en que iba a arrancar, se volvió hacia el ama de llaves.

—Clara, si llama mi primo, dígame que vaya pronto, porque voy a romperle la puerta. El ya sabe de qué se trata, no hacen falta más explicaciones.

La mujer alargó la mano, pero el coche salía ya disparado como un cohete.

Kenn se sentía satisfecho de la idea. Quizá Clara, fiel sirvienta, sabía dónde estaba su primo, a pesar de sus negativas. Y en cuanto mencionase la destrucción de la puerta, Frankie saldría de su escondite y correría a evitar lo que seguramente estimaría una catástrofe.

CAPITULO IX

El gran personaje estudió detenidamente la variada colección de tipos que estaban reunidos en un lugar supersecreto y a cientos de metros de profundidad. Había ocho hombres y seis mujeres, todos ellos vestidos con ropas que a veces parecían el sueño de un modisto demente y con aspectos físicos que desafiaban a toda descripción posible.

—Y, sin embargo, son seres humanos —dijo a media voz. El comisario general estaba a su lado.

—¿Señor? —murmuró, en espera de una aclaración.

Había otro hombre además en aquella estancia. Era el jefe de los Servicios Secretos, Parks. El apellido del gran personaje era Steandrow y el comisario general se apellidaba Tratford.

—Tratford, están aquí todos, supongo —dijo Steandrow.

—Todos, señor, excepto la chica. No ha podido ser localizada. Steandrow se volvió hacia el jefe del Servicio Secreto.

—

Tratford?

—Lo siento mucho, señor; todos los esfuerzos realizados hasta la fecha, han resultado inútiles —contestó el interpelado.

—Es preciso que acabemos de una vez con este enojoso problema —dijo el gran personaje, conteniendo su furia a duras penas—. El presidente está especialmente interesado en el caso y, menos mal que, por ahora, hemos conseguido mantenerlo en secreto. No quiero ni pensar en lo que sucedería si la cosa se hiciese pública.

¡Extraterrestres que. han llegado a nuestro planeta por el sencillo procedimiento de abrir una puerta! Absolutamente fantástico, pero totalmente real.

»Sin embargo —continuó—, la más peligrosa, precisamente, es la chica. Hemos estado

a punto de capturarla en varias ocasiones y siempre ha conseguido escapar. Tratford, Parks, es preciso hacer lo imposible. No queremos causar el menor daño a los extraterrestres, pero tampoco podemos permitir que se nos cuelen de rondón en nuestro planeta. Podrían originar gravísimos daños, aunque llegasen con las mejores intenciones.

—Eso es cierto —convino Parks—, Pero ¿qué haremos con ellos, señor?

—De momento, reténgalos aquí. Trátenlos con toda amabilidad, con la máxima cortesía y denles todo cuanto necesiten... pero, sobre todo, averigüen dónde está la puerta por donde pasaron al planeta. Es lo más importante de todo, casi aún más que encontrar a la chica.

—Ninguno lo recuerda, ni siquiera empleando la sonda mental, señor —contestó Parks—. Y recurrir a procedimientos de mayor potencia, podría causarles gravísimos trastornos, si no la muerte.

—No, no —prohibió el gran personaje—. Traten de conseguirlo mediante interrogatorios normales. Hasta que encontremos a la chica, que ella sí sabe dónde está la puerta y, lo que es mejor todavía, conoce su manejo. Después...

Steandrow suspiró.

—Tendremos que devolverlos a sus mundos originarios —añadió—. Es una lástima que no podamos entablar relaciones con sus gobiernos; no estamos aún preparadas para ello.

Quizá, en el futuro...

Echó a andar hacia la puerta. Antes de salir, se volvió hacia los dos hombres.

—La chica tiene unas armas fantásticas —dijo—, ¡Ella sí que puede resultar peligrosa! Pero no podemos matarla; tenemos que apoderarnos como sea de sus secretos.

¿Entendido?

Parks y Tratford saludaron al mismo tiempo.

—Sí, señor.

Steandrow abandonó la estancia. Una difícil situación, se dijo, mientras el ascensor lo llevaba a la superficie. Había costado meses enteros llegar a aquel punto, desde que fuera descubierto y localizado el primer extraterrestre.

Se preguntó si en otros países habría más puertas espaciales. Podía resultar una catástrofe para el planeta. Sólo el pánico ante una posible invasión, procedente de mundos exteriores, podía originar un conflicto de consecuencias incalculables.

Lo mejor era actuar en secreto.

Pero todo, se dijo amargamente, podía venirse abajo si la chica no era localizada.

Salió a la luz del día y parpadeó, deslumbrado. Suspiró: ahora venía lo peor. Debía enfrentarse con el presidente y rentarle la poco agradable verdad. No iba a resultar una entrevista placentera, decidió, mientras su chófer abría respetuosamente la puerta del coche.

*

*

*

Anohecía, ya cuando llegó a la casa de Bellavista. Todo ¿parecía en orden, observó muy pronto. Sentíase bastante cansado, de modo que lo primero que hizo fue cerrar las ventanas y encender las luces. Luego se preparó una buena cena. Al terminar, buscó un dormitorio y se tumbó en la cama, simplemente descalzo.

Si sucedía algo, perdería menos tiempo al levantarse. Apagó la luz, rozó el medallón con los dedos, recordó a Zhelma unos instantes y a los pocos momentos, dormía profundamente.

Por la mañana, buscó en vano algún rastro de su primo. Habría llamado a alguna parte, para reservar una habitación, pero no pudo encontrar el menor dato que pudiera conducirle a una pista medianamente aceptable. Luego se encaminó al laboratorio.

La estantería con los libros seguía en el mismo sitio, ocultando la puerta espacial. Kenn se preguntó qué clase de mecanismos la hacían funcionar, permitiendo el paso instantáneo a otro planeta. Se preguntó si osaría abrirla, para encontrar a la muchacha.

Movió la cabeza. Zhelma ya le localizaría. Lo mejor, resolvió finalmente, era esperar allí. No había vigilancia a la vista y tanto su primo como la chica, acabarían por acudir a aquel lugar. Buscó un libro para entretenerse, no quería siquiera asomarse al jardín, se sentó en una butaca y empezó a leer.

Era ya cerca del mediodía cuando, repentinamente, se produjo un fenomenal estruendo que le hizo dar un salto en el sillón.

La casa retumbó y los cristales vibraron. Kenn corrió de inmediato hacia el laboratorio. Entonces, atónito, vio que la estantería había sido derrumbada y que la puerta espacial estaba abierta.

Al otro lado, en el umbral, había dos tipos que le resultaron completamente desconocidos. Aunque eran jóvenes, aparentaban algunos años más que él. Vestían una especie de chaquetillas de tejido metálico, con pantalones de la misma composición y unos menudos casquetes semiesféricos, con unas diminutas antenas en el vértice que servía de remate.

Además, estaban armados.

Las pistolas tenían una forma extraña, con un abultamiento esférico en el final del cañón. Los rostros, muy blancos, expresaban una determinación absoluta, una dureza sin límites.

Kenn sintió miedo.

Hasta se olvidó del medallón que le había entregado la muchacha. Levantó la mano derecha en son de paz y dijo:

—Soy amigo.

Entonces, una de las pistolas disparó un rayo de luz muy blanca y el joven sintió una terrible oleada de frío, que le hizo temer iba a morir congelado.

Pero el frío cesó en un segundo. Luego le sobrevino una amovilidad absoluta.

Ni siquiera podía mover los párpados. La descarga le había pillado con los ojos abiertos. Por eso podía ver lo que había al otro lado de la puerta.

Incluso escuchaba las voces de los extraterrestres, aunque no entendía su lenguaje, de agudos tonos vocales y muy escasos sonidos guturales. Los dos sujetos, ignorándole en absoluto, saltaron por encima de la estantería derrumbada y se dirigieron hacia la salida. Kenn continuó en el mismo sitio, tan inmóvil como una estatua de piedra. Oyó el ruido de la puerta que se abría y en el mismo momento, sonaron voces y gritos.

Luego oyó un sonido algo más familiar: el estampido de un arma de fuego.

*

*

El coche se detuvo delante de la casa. Hank y Laverne se apearon en el acto.

—Perdemos el tiempo —gruñó el Largo.

—El jefe dice que es preciso ensayar esta posibilidad.

—¡Qué hombre tan obstinado! No sé cuándo se le pasará esta locura...

—En medio de todo, hace bien. Si dejara escapar a Kenn, otros podrían sentir la tentación de imitarle. Es preciso que la gente sepa que puede acudir a él para pedirle ayuda, pero teniendo siempre en cuenta los malos resultados que da engañarle.

—Sí, el jefe es todo un filántropo —comentó Laverne burlonamente—. Le prestó, si vale la expresión, cuatro mil dólares y quiere cobrar el doble, con los intereses.

—Eso no te importa a ti. Te paga un buen sueldo, ¿no?

Laverne emitió un gruñido. Cartman, a veces, era un poco chiflado. En ocasiones, pensaba si sería conveniente dejarlo plantado y buscarse otro empleo.

De repente, se abrió la puerta de la casa.

Dos hombres aparecieron en el umbral.

Ambos estaban armados.

Hank y Laverne eran tipos duchos en situaciones críticas, acostumbrados desde hace años a la violencia. Vieron las armas y no se pararon a pensar en su extraña forma.

Actuando con enorme velocidad, sacaron sus pistolas y empezaron a disparar. Veinte segundos más tarde, los dos extraterrestres yacían inmóviles en el suelo.

—Diablos, ¿de dónde han salido estos tipos? —exclamó Hank.

Laverne se rascó la cabeza.

—A lo mejor venían de un baile de máscaras —supuso.

—No seas idiota; el Carnaval pasó hace meses.

—Sí, pero es que hay tipos a los que les gustan esa clase de fiestas en cualquier época del año.

Laverne miró a todas partes.

—No se han oído los disparos, parece — murmuró. El Largo enfundó la pistola.

—Gino, vamos a esconder los cadáveres —dijo—. Luego limpiaremos la sangre...

—¿Y si hay alguien en la casa?

—No seas idiota; ya habría salido al oír los tiros.

—O quizá ha escapado por una ventana trasera.

Laverne entró en la casa, saltando por encima de los cadáveres. Unos segundos más tarde, descubría al hombre tras el cual corrían hacía ya un montón de días.

—¡Hank! —aulló—, ¡Ven, ya lo tenemos!

El Largo echó a correr. Vio a Kenn y empezó a dar vueltas a su alrededor.

—¿Qué le habrá pasado? —exclamó, atónito.

Kenn hizo un frenético esfuerzo por hablar, pero sus músculos no obedecían al mandato de la mente. Hank le tocó la mejilla y luego se volvió hacia su compinche.

—Estos tipos lo han hipnotizado o algo por el estilo —calculó—. Una vez vi a un hipnotizador en un teatro y hacía cosas fantásticas, créeme.

—Bueno, el caso es que está aquí y eso era lo que nos habían encomendado, Hank —dijo Laverne—. Mira, ahora vamos a esconder los cadáveres. Luego llamaremos al jefe y

te diremos lo que pasa. El decidirá, ¿comprendes?

El Largo no contestó. Tenía la vista fija en lo que había al otro lado de la puerta, que continuaba abierta. De pronto, echó a andar, pasó por encima de la estantería, cruzó la puerta y caminó unos cuantos pasos por el suelo guijarroso que había en aquellos parajes.

Laverne le siguió, poseído por la curiosidad. Hank estaba en cuclillas, recogiendo algo que despedía vivísimos destellos. Laverne se inclinó para mirar, apoyando sus manos en las rodillas. De pronto, el Largo levantó la mano, que temblaba visiblemente, y enseñó aquel brillante pedrusco, casi tan grande como un huevo de paloma.

—Mira, Gino; esto es algo increíble... Un diamante enorme, de tres o cuatrocientos kilates por lo menos... ¡Y hay más, muchos más; hay diamantes por todas partes!

Laverne extendió la mirada por los alrededores. Luego, lentamente, dijo:

—No lo puedo creer. Es lo más fantástico que he visto en los días de mi vida.

Los dos hombres permanecieron allí unos momentos. Ninguno se había dado cuenta de una circunstancia muy peculiar.

Desde el lugar en que se encontraban, podían divisar el interior de la casa. Pero en torno al rectángulo vertical formado por el contorno de la puerta, sólo se veía una prolongación del paisaje, absolutamente igual en todo al lugar en que ellos se encontraban.

Excepto el trozo correspondiente a la puerta, no se advertía el menor rastro de la casa.

CAPITULO

X

La indecisión de los dos sujetos duró breves minutos. Hank y Laverne cargaron con unas cuantas piedras preciosas. Hank declaró haber trabajado en sus años mozos en el taller de un joyero.

—Por eso entiendo algo —dijo, cuando ya cruzaban de nuevo el umbral de la puerta—. Hay en ese trozo de terreno piedras preciosas suficientes para convertirnos en multimillonarios.

—De acuerdo, pero tenemos que hacer algo. El jefe está deseando hablar con Kenn, en primer lugar. Y luego los cadáveres...

El Largo hizo saltar una enorme esmeralda en la palma de la mano y luego la guardó en el bolsillo.

—Está bien, por alguna parte debe de haber un videófono. Llama al jefe, dile donde estamos y que él decida. Yo me ocuparé mientras tanto de los fiambres.

Laverne buscó en la casa. Al fin, encontró el videófono y marcó el número de Cartman.

—Jefe, ya lo tenemos —informó.

Cartman emitió una maligna sonrisa.

—
¿Dónde está?

—
preguntó.

—Bellavista, Avenida de la Cumbre, en la última casa. No puede perderse...

—Muy bien, esperadme ahí con el pájaro. Yo llegaré lo más pronto que me sea posible. Iré con Charlie.

—De acuerdo, jefe.

Oiga, quería decirle algo...

Pero la imagen se había esfumado ya de la pantalla y Laverne tuvo que resignarse a cortar el contacto. Luego salió fuera.

Hank estaba en la parte trasera del jardín, asomado a lo que parecía un parapeto. Laverne se le unió y miró hacia abajo.

—

Bonita
perspectiva,
¿eh?

El

Largo
se

incorporó.

—Dejaremos los fiambres detrás de unos arbustos. A la noche, los lanzaremos por el precipicio.

—Muy bien, en medio
de todo, no es mala
idea.

La operación quedó realizada en pocos minutos. Luego, Hank encontró una manguera, con la que lavó la sangre que había quedado delante de la casa. Al finalizar, dijo que necesitaba premiarse con un buen trago.

—Que sean dos —sonrió Laverne—. Vamos a brindar por nuestro futuro. Hank llenó los dos vasos. Luego miró a su compinche.

—Te diré una cosa: estoy deseando enviar al infierno a Cartman. Quiero decir que ésta es la última faena que hago para él, ¿comprendes? Laverne chocó su vaso contra el de su compinche.

—Estoy de acuerdo contigo, hermano —rió jubilosamente.

*
*
*

En el aparatito que Zhelma llevaba pendiente del cuello sonó de repente un ligero tintineo.

Zhelma bajó la vista. Una lamparita roja, no mayor que la cabeza de un alfiler, acababa de encenderse y destellaba con vivas intermitencias.

La
muchacha
palideció.

—¡La puerta está otra vez en funcionamiento! —exclamó.

El chisporroteo de la lámpara aumentó su ritmo. Zhelma sintió que la frente se le inundaba de un sudor frío.

—Está alcanzando su frase crítica —gimió, aterrada—. Si no hago algo pronto, puede producirse la colisión entre los dos mundos.

Reflexionó unos instantes. Era preciso que actuase con la mayor rapidez. No podía perder un solo segundo.

Abrió su bolso y sacó un aparato, muy parecido a la traductora automática, aunque con las suficientes diferencias para saber que tenía otro objeto. Tocó unas cuantas teclas, apenas perceptibles a simple vista, presionó un botón rojo y se encontró repentinamente en un lugar que no era precisamente el elegido como final de su viaje instantáneo.

*

*

*

La alarma silenciosa había sonado en la comisaría de Bellavista. El sargento Grady y el agente Howard estaba en la calle, parapetados detrás de un coche patrulla, situado a muy poca distancia del Banco.

Los ladrones estaban vaciando la caja fuerte. Grady había dado la alerta general, pero las demás unidades tardarían en llegar todavía. El sargento maldecía de la audacia de los atracadores, a los que no les importaba cometer un asalto en

un Banco situado a menos de doscientos pasos de su comisaria.

Eran cinco los forajidos. Cuando salieran, se iba a organizar el gran fregado. Los atracadores no dudarían en hacer uso de sus armas. Y teniendo en cuenta que tres de ellos eran portadores de sendas metralletas, el final de la pelea resultaba fácil de adivinar.

Grady tragó saliva. Sucediera lo que sucediera, tenía un deber que cumplir. Para eso estaba allí.

Y, de repente, una mujer apareció ante sus ojos de la forma más inesperada que pudiera imaginarse.

El sargento lanzó una maldición.

—Eh, usted, apártese, pronto —gruñó.

Zhelma se volvió. Howard se incorporó, atónito.

—¡Jefe, es la prisionera que se nos escapó!

—Maldita sea...

¿De dónde sale esta loca?

Si Zhelma estaba desconcertada, la perplejidad de los dos policías no era menor. Había errado en el objetivo de su viaje instantáneo y no tenía la menor idea del lugar al que había llegado. Algo le había pasado al aparato, dedujo.

Por su parte, Grady se sentía terriblemente irresoluto. Delante de él, estaba la chica buscada por algo así como un millón de policías. Pero un poco más allá, había cinco feroces atracadores, dispuestos a cometer cualquier salvajada, con tal de poder huir con el

botín.

En Bellavista vivía gente adinerada. La caja del Banco estaba siempre rebosante de billetes. Melancólicamente, Grady calculó que el botín no iba a resultar menor de medio millón de dólares. «Tal vez uno», pensó, mientras movía la mano armada.

—

Rápido,
venga
aquí —
ordenó.

Zhelma obedeció y se
guareció detrás del
coche.

—

¿Qué
pasa,
sargento?

—Un atraco. Cuando haya terminado con los ladrones, me las entenderé con usted. Aunque lo más seguro es que ellos terminarán con nosotros —dijo lleno de pesimismo.

—¿Quiere
decir que...
están
robando?

—Eso mismo, chica. Oiga, ¿cómo consiguió abrir el boquete en la pared de la celda? Zhelma contuvo una sonrisa.

—Le propongo un trato, jefe. Yo le ayudo a derrotar a los atracadores y usted me deja ir libre.

—

No
puedo...

—Espere. Sólo será cuestión de un par de horas. Luego le juro por sus seres más queridos que iré yo misma a encerrarme en su cárcel.

Grady fijó los ojos en la muchacha y se dijo que podía fiarse

de ella. Qué diablos, no podía ser tan mala como habían querido darle a entender...

—Cuidado —avisó Howard de pronto—; los atracadores van a salir.

Los músculos del sargento se atiesaron de pronto. Con paso relativamente tranquilo, uno tras otro, los atracadores, dos de los cuales iban pesadamente cargados con unas bolsas que parecían a punto de reventar de tan llenas, salieron a la calle y se dirigieron hacia el automóvil estacionado frente al Banco.

Entonces, Zhelma se puso en pie y puso en funcionamiento su desintegrador.

Fue cosa de un segundo. Los cinco atracadores quedaron repentinamente desnudos, sin las armas. Uno de ellos, sin embargo, no se entretuvo a pensar lo que había sucedido y saltó hacia el coche. Incluso consiguió meterse en su interior.

Zhelma envió otra descarga. El atracador se encontró repentinamente sentado en el suelo, junto a la acera. El automóvil había desaparecido tan absolutamente como sus ropas y su metralleta.

Entonces, Grady y Howard, gritando como pieles rojas en el sendero de la guerra, se

lanzaron
al
asalto.

En el mismo instante, llegaban dos coches de patrulla más. El resto de la operación resultó relativamente sencilla. Los atracadores, completamente desnudos, sin comprender en absoluto lo ocurrido, no opusieron ya la menor resistencia.

Mientras, Zhelma maniobraba con el otro aparato. Frustrada, advirtió el error cometido en la marcación de coordenadas, debido al nerviosismo que le había producido la alarma captada por el otro detector. Ahora ya había corregido la marcación y se disponía a abandonar aquel lugar.

Grady vino a ella, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Bravo, chica —dijo—. Los hemos pescado gracias a ti y

se pasarán una buena temporada en la cárcel. No sé cómo lo has hecho, pero... ¿me lo explicarás más tarde?

Zhelma sonrió.

—No se lo
creería,
sargento —
contestó.

—Oh, sí, estoy dispuesto a creerme cualquier cosa. Después de lo que he visto, me dicen que la nieve es negra y me lo creo. Ha sido algo indescriptible; esos bandidos se habían llevado casi un millón y tú los has dejado desnudo, sin armas y...

Grady se calló repentinamente. Zhelma le vio ponerse lívido.

—La chica —dijo Grady roncamente.

—¿Si, sargento?

La nuez de Grady subió y bajó espasmódicamente. El había dado permiso para que

Zhelma les ayudase. De pronto, Grady se sentó en el suelo y rompió a llorar.

—Les has dejado sin las ropas, sin las armas... ¡y sin el dinero! —gimoteó.

Zhelma comprendió inmediatamente la enormidad de su error. Allí no podía continuar, se dijo. Lo mejor era desaparecer cuanto antes.

Todavía sentado, Grady levantó una mano.

—Chica, diremos que...

El sargento se calló. Zhelma había desaparecido.

Grady estuvo así un momento. Luego echó a andar como un autómata. Howard le alcanzó.

—Sargento, venga; el director del Banco quiere felicitarle...

Grady apartó de un manotazo a su subordinado.

—Dile que vaya a verme al manicomio —contestó—. Ese es el sitio mejor para mí en estos momentos.

*

*

*

Kenn parpadeó.

Transcurrió casi un minuto antes de que se diera cuenta de que algo había cambiado en su situación estadística. Abrió y cerró los ojos, pero al intentar moverse, comprobó que aún no podía abandonar su posición de quietud.

No obstante, podía curvar ligeramente los dedos. Incluso arrugaba las aletas de la nariz. Los efectos de aquella descarga paralizante empezaban a disiparse. Pronto volvería a ser el que había sido.

Pero Hank y Laverne estaban aún en la casa. Y, por si fuese poco, esperaban la llegada de su jefe.

Repentinamente, oyó un grito:

—¡Ahí están!

—Hank vamos a darle la sorpresa —exclamó Laverne.

—De acuerdo, Gino.

Laverne corrió hacia la puerta espacial, alargó el brazo y tiró del pomo, cerrándola. Instantes después, Kenn oyó más voces y ruido de pasos.

—Bueno, al fin le echamos el guante —dijo Cartman complacidamente.

—Si, ahí lo tiene, jefe —contestó el Largo.

Cartman llegó junto a Kenn y se situó frente a él, con las manos en los costados.

—Hola, granuja —saludó—. Por fin te pongo la vista encima. Pero ¿no tienes nada que decirme? —Impaciente. Cartman se volvió hacia sus secuaces—. ¿Qué diablos le pasa?

—inquirió malhumoradamente.

—Está hipnotizado, jefe —explicó Laverne.

—Conque hipnotizado, ¿eh? Pues yo le voy a hacer que hable de un buen...

Laverne cortó rápidamente el gesto de Cartman, quien se disponía a dar un buen puñetazo al joven. Kenn se lo agradeció mentalmente.

—Espere, jefe; queremos enseñarle algo muy interesante —dijo Laverne—. Venga, venga; verá qué sorpresa vamos a darle.

Cartman miró receloso a su subordinado.

—Gino...

—No tema, hombre. Cuando haya visto lo que le vamos a enseñar, pensará que los cuatro mil «pavos» que le debe este imbécil, son una porquería.

«Imbécil yo», pensó Kenn, furioso.

Cartman, ayudado por su esbirro, pasó por encima de la estantería. El Largo estaba ya junto a la puerta, con la mano izquierda en el pomo.

—Acérquese más, jefe —solicitó, con meliflua sonrisa—. Prepárese a ver lo más fantástico que pueda imaginarse uno.

—Hank, si tratáis de burlaros de mí...

—Nada de eso, jefe. Al contrario, queremos convertirle en multimillonario. Y nosotros también nos haremos inmensamente ricos. ¡Mire, mire!

El Largo había abierto ya la puerta y señalaba con la mano derecha al otro lado, mientras tenía los ojos fijos en el semblante de Cartman. Riendo estruendosamente, le dio una tremenda palmada en la espalda.

—¡Pase, hombre, pase, y llénese los bolsillos de piedras preciosas! —gritó.

La palmada había sido demasiado vehemente, demasiado fuerte. En otras circunstancias, el Largo no se habría atrevido a tanto, pero ahora estaba seguro de que Cartman soportaría la familiaridad sin demasiadas protestas. Aquel golpe era lo suficientemente poderoso para hacer que una persona

avanzase dos o tres pasos en contra de su voluntad.
Y Cartman los avanzó y saltó al vacío, aullando
horrorosamente.

CAPITULO XI

De pronto, Kenn
descubrió que podía
moverse.

Fue en el mismo instante en que vio a Cartman precipitarse en el abismo. El instinto le impulsó a escapar, pero la razón se impuso. Debía continuar en la misma posición, hasta que llegase el momento favorable.

Laverne, aterrado, se asomó y estuvo a punto de caer por el escarpado. Sólo agarrándose a la jamba con ambas manos evitó seguir la misma suerte que su jefe.

—

Pero
¿qué
ha
pasado
aquí?

Hank asomó medio cuerpo y vio los últimos tumbos que daba Cartman, antes de estrellarse contra el fondo del precipicio. Luego, pálido como la cera, cerró y se volvió hacia su compinche.

—

No
lo
comprendo...

Laverne
echó a
correr de
pronto.

—Voy
a ver
desde
la
terrazza.

El Largo le siguió en el acto. Entonces, Kenn abandonó su posición y corrió a esconderse. En la explanada, Charlie, el conductor personal de Cartman, presintió que había sucedido algo grave y se apeó del vehículo.

—

Chicos,
¿qué
ocurre?

—gritó.

Laverne y el otro estaban asomados al parapeto. El chófer se reunió con ellos.

—E... está
abajo... —
gimió el
Largo.

—

¿Quién,
el
jefe?

—Se... se cayó... Entró
por una pu... puerta falsa...

Hank y Laverne temblaban. Charlie era el perro fiel de Cartman, el hombre que ejecutaba a los díscolos y desobedientes de la banda. Si se enteraba de lo sucedido, les mataría allí mismo.

—Ven y lo verás tú mismo —dijo Laverne, que había comprendido lo que pensaba su compinche.

—De veras, no te
engañamos —agregó el
Largo.

Charlie miró recelosamente a los dos sujetos y movió una mano.

—Delante de
mi, los dos

—ordenó.

—Claro, Charlie —accedió Laverne con gran cortesía—. No irás a pensar que te engañamos, ¿verdad?

—Por si acaso, prefiero teneros a la vista —rezongó el chófer, con la mano en la culata de su revólver.

Entraron en la casa. De pronto, Hank lanzó una exclamación:

—

¡Mira,

se

ha

largado!

—Por todos los

diablos... —juró

Laverne.

El Largo sentía que la cabeza le daba vueltas. Si salía de esta, vendería los diamantes y no volvería a meterse en líos en todo el resto de su existencia. Además, muerto ya Cartman, ¿qué importaba la fuga de Kenn?

—Ven, hombre —dijo, tirando suavemente del brazo de Charlie. El sujeto se desasíó de un manotazo.

—

No
me
toques

—

gruñó.

Laverne se adelantó y
asíó el pomo de la
puerta.

—Entró por aquí, iba muy deprisa y se cayó antes de poder
refrenarse —explicó atropelladamente—. Te lo juro, Charlie,
fue un accidente...

El chófer
desenfundó
su
pistola.

—Vamos, abre —dijo—. Si no quedo convencido, tú y Hank
vais a seguir el mismo camino que el jefe.

—De veras, Charlie —exclamó el Largo—. No te hemos
mentido, te lo juro. Anda, abre, Gino.

En el mismo instante,
sonó una voz
imperativa:

—

¡No
abra
esa
puerta!

*

*

*

Los tres sujetos se volvieron en el acto. Zhelma, frente a
ellos, les miraba con ojos rebosantes de indignación.

—¿Quieren hacer volar en pedazos el

planeta? —agregó la chica.

Kenn contemplaba la escena a través de una rendija de la puerta del cuarto en donde se había escondido. Casi gritó de alegría al oír la voz de Zhelma, pero ahora se daba cuenta de que ella estaba en un serio compromiso.

Miró a su derecha. Encima de una consola divisó un pesado jarrón de bronce. Podía utilizarse como arma y con muy buenos resultados, se dijo, a la vez que lo agarraba por la base.

Charlie

lanzó

un

bufido.

—¿Qué dice

esa chiflada?

—barbotó.

Hank dio un

respingo.

—Ella, otra vez —murmuró, con

los ojos fijos en el techo.

—Bueno, ¿se puede saber qué quiere esa fulana? —

preguntó Charlie, impaciente.

—Salgan de ahí —ordenó Zhelma—. Salgan y márchense inmediatamente de esta casa. La boca de Charlie se ladeó en una burlona sonrisa.

El

revólver

apuntó

a

Zhelma.

—Mira, muchacha, la única persona que se va a ir de aquí inmediatamente eres tú... De súbito, se encontró desnudo y sin el arma.

Un agudo

chillido brotó

de sus labios.

¿Qué ha

sucedido?

—

exclamó.

Entonces, Kenn decidió

intervenir y lanzó el jarrón.

El impacto contra la cabeza de Charlie sonó musicalmente. El sujeto cayó fulminado.

—

¡Hub!

—

gritó

ella.

—Hola, encanto. Oye, ¿por qué no has desnudado a esos, dos tipos? Laverne y el otro tenían las manos en alto, llenos de pánico.

—Escuche, señorita; déjenos marchar. Le juramos que no diremos nada de lo que ha pasado aquí... —suplicó Laverne.

—Y en cuanto a este tipo... —añadió el Largo, ahora más valiente porque Charlie estaba desarmado—, nos encargaremos de él.

Movió el pie y arreó una furiosa patada al inconsciente chófer, que seguía tendido en el suelo.

—

Muy
bien,
por
mí...

Kenn no permitió que
Zhelma continuase
hablando.

—¡Espera! —gritó—. Antes deben decirte qué han hecho con los extraterrestres. Vinieron dos a través de la puerta y me paralizaron con unas armas misteriosas. Luego salieron y oí tiros...

—Querían matarnos. Nos defendimos —
exclamó Laverne, lleno de pánico.

—Es cierto, señorita —dijo Hank—.

Eran unos tipos muy raros...

—¿Dónde
están? —
preguntó la
chica.

—

Vengan

—

dijo
Laverne.

—Cuidado con las armas —amenazó Kenn—. Si ella pone su desintegradora al máximo de potencia, os convertirá en polvo.

Zhelma ocultó una sonrisa. No era cierto, pero servía como método intimidatorio.

Los hampones les condujeron al lugar donde yacían los cuerpos. Zhelma los contempló unos instantes y luego se volvió hacia el joven.

—Eran de Mworvos 11, a trescientos veinte años luz de

distancia. Una gente muy belicosa, también en la II Edad —
explicó.

—Hay algo que no comprendo —dijo el joven—. Ellos vinieron
a través de la puerta. Luego, uno de estos zopencos la cerró.
Vino Cartman, el tipo que me perseguía, y la abrieron.
Cartman saltó al precipicio que hay detrás de la casa. ¿Por
qué, entonces, no funcionó como puerta espacial?

—Probablemente, por un defecto de construcción, ahora más
agudizado y basado, naturalmente, en la inexperiencia. Si
antes se abrió hacia Mworvos II, ahora se había abierto con
plena normalidad. Es decir, alternando cada vez que se abría:
una, a la Galaxia; otra, hacia el precipicio, y así
indefinidamente.

—Eso significa que la próxima vez, la puerta, al abrirse,
permitirá el paso a otro planeta.

—

Exactamente.

Kenn

chasqueó

los

dedos.

—Vosotros, cargad

con los fiambres —

ordenó.

Hank y Laverne obedecieron. Kenn se
encaminó hacia la puerta espacial.

—Los

lanzaremos

al otro lado

—dijo.

Zhelma aprobó con un

movimiento de

cabeza.

—

Está

bien.

Kenn abrió la

puerta y miró al otro lado.

—Hace mucho frío —dijo, al contemplar el panorama nevado que se divisaba a través del hueco.

Zhelma no contestó. Tenía la vista fija en su detector, en el que la lámpara roja había dejado de oscilar, para quedar permanentemente encendida.

—Vamos, que se den prisa —dijo—. Esto está a punto de alcanzar la fase crítica.

—¿Qué pasaría entonces?—

preguntó Kenn.

—Una explosión cósmica y dos planetas quedarían destruidos. La Tierra uno de ellos, naturalmente.

Los cadáveres de los extraterrestres fueron lanzados a través del hueco. Luego Laverne y

el otro cargaron con
el inconsciente
Charlie.

—Nos
vamos —
anunció
Laverne.

—Para siempre —dijo Kenn de un
modo que no admitía duda.

El Largo asintió. No había conseguido la fortuna que
esperaba, pero, de todas formas, tenía en los bolsillos casi un
millar de kilates en distintas piedras preciosas. Y a su com-
pinche le sucedía lo mismo.

Además, se habían deshecho de Cartman. En cuanto a
Charlie, tal como estaba y después de lo que le habían
sucedido, ya no era ningún peligro. «En resumidas cuentas,
aún hemos salido ganando en la operación», pensó.

Los dos sujetos se marcharon, llevándose al chófer. Zhelma
volvió a consultar el detector.

—Esto se
pone cada
vez peor —
dijo.

El color rojo de la lámpara se había debilitado un tanto y
ahora era de un tono rosado fuerte. Estaba virando al blanco
y ello sólo tenía un significado.

—Me gustaría
ayudarte —dijo
Kenn. Zhelma,
preocupada,
movió la
cabeza.

—Si supiera cómo empezar... Esta puerta, ¡es tan
distinta a las que yo conozco!

—Tienes que deshacerla, trabajando en sentido opuesto,
como si deshicieras un

pullover,

¿no?

Zhelma examinó las distintas consolas de instrumentos. Luego se volvió al joven.

—No me atrevo a tocar nada —confesó, muy afligida—. Si lo hiciera, quizá provocaría la catástrofe que trato de evitar.

—¿Tardará mucho en producirse la

explosión? Zhelma le enseñó la lamparita.

—Cuando llegue al blanco total —contestó.

—Y,

en

minutos,

¿cuántos?

—Cinco... o diez o tal vez una hora, no lo puedo predecir. Las fuerzas colosales que actúan sobre la puerta, permitiendo el viaje instantáneo, ejercen su presión, si se puede definir con esta palabra, pero no tengo el medidor adecuado a este sistema. Pero mi detector no falla; está construido para cualquier método.

—Al menos, podrían haberte enseñado otros sistemas —gruñó él. Y, de pronto, se le ocurrió una idea.

—Zhelma, esto funciona con electricidad, me parece.

—

Así

es.

—Entonces, ya he dado con la solución —sonrió Kenn.

Salió fuera de la casa y buscó la caja de fusibles, donde estaba el interruptor general. Unos segundos después, lanzaba un grito de rabia.

—¿Qué pasa,

Hub? —gritó la muchacha.

—La caja de fusibles —bramó el joven—. El animal de mi primo la hizo blindada y no podemos abrirla.

Miró a su alrededor, mientras Zhelma se cubría la cara con las manos, completamente desmoralizada. De pronto, vio un pequeño cobertizo donde estaban las herramientas para jardinería y corrió hacia allí. Encontró un pico, volvió junto a la caja de fusibles y se dispuso a descargar el primer golpe.

Anocheecía ya. Kenn indicó a la muchacha que encendiera las luces exteriores, cosa que ella hizo de inmediato. Luego alzó el pico sobre su cabeza y entonces se oyó una voz imperativa.

—¡Alto! Deje esa herramienta inmediatamente.

Kenn volvió la cabeza y divisó un grupo de hombres que avanzaban a buen paso hacia él. Después de mirarlos unos instantes, torció el gesto y dijo:

—Si quieren que pare, tendrán que matarme, amigos.

Y descargó el primer golpe, pero, con gran desconsuelo suyo, el blindaje de la caja era capaz de resistir casi cualquier clase de impacto y la punta del pico apenas si rayó la metálica superficie de la puertecita que permitiría evitar la destrucción del planeta.

CAPITULO XII

—Soy Steandrow, asesor presidencial para asuntos espaciales —se presentó uno de los recién llegados—. Hace tiempo que venimos observando cosas raras y estamos actuando para evitar que cunda el pánico entre la población terrestre.

—Usted, sin duda, se refiere a algo parecido a una puerta espacial —dijo Kenn.

—Exacto —corroboró el gran personaje—. Hemos conseguido localizar a catorce extraterrestres, que pasaron a través de esa puerta y los tenemos en lugar seguro, hasta que podamos devolverlos a sus mundos de origen. También a la chica que le acompañaba a usted, por supuesto.

—Estoy aquí —dijo Zhelma desde el umbral de la casa—. Pero si no conseguimos abrir la caja donde está el interruptor general, se producirá una gran catástrofe.

—Ya lo saben —añadió Kenn—, Hemos escapado de ustedes, porque queríamos encontrar a mi primo, el profesor Tolliver, única persona capaz de parar este chisme, sin que suceda nada malo. Pero me temo que todos hemos fracasado en ese empeño, ¿no es cierto?

Steandrow asintió silenciosamente. Detrás de él, Parks y Tratford se agitaron incómodos.

—¿Es verdad que la Tierra puede quedar destruida? —preguntó el último.

Zhelma volvió a mirar el detector. La tonalidad roja de la lamparita se había debilitado aún más. Ahora el color era rosa corriente.

—Quizá dentro de cinco minutos... diez o quince como máximo... ¡Es preciso que corten la corriente! —gritó.

Tratford
corrió
hacia

la
casa.

—¡Llamaré
a la
central! —
exclamó.

—No se moleste —dijo Parks—. Están en huelga y todos los servicios funcionan automáticamente. Nadie contestará a su llamada.

Ladeó la boca y agregó,
terriblemente sarcástico:

—Nos hemos civilizado tanto, que hasta el consejo de administración se ha declarado en huelga.

—Bueno —dijo Trafford, echando a andar hacia, uno de los coches—, dispongo de radio y pediré que traigan un soplete. Si la Tierra ha de saltar en pedazos, al menos no podremos decir que nos pilló con los brazos cruzados.

Kenn se
volvió
hacia la
muchacha.

—Zhelma, ¿no puedes
desconectar desde la
consola? Ella hizo un gesto
negativo.

—Ahora la puerta es como un coche lanzado sin frenos por una pendiente. Sólo se parará cuando alcance un terreno llano... y aquí, el terreno llano es la destrucción.

Kenn sonrió, se acercó a
la joven y tomó sus
manos.

—Bueno, mira, te diré una cosa. Si me he de convertir en humo, al menos que sea a tu lado... y no sin que antes pruebe cómo saben los labios de una chica de otro planeta. Zhelma, sorprendida, se dejó besar. Luego, ruborizada, sonrió.

—Aunque de otro planeta, soy una mujer como cualquiera nacida en la Tierra —dijo.

—Para mi, eres única —murmuró él, a la vez que la atraía tiernamente hacia su pecho. Steandrow se sulfuró.

—¡Por Dios! ¿Es que no saben pensar en nada más? Estamos a punto de desaparecer de la Galaxia y lo único que se les ocurre es entregarse a ridículas efusiones amorosas...

Kenn volvió la cabeza, sin romper el contacto con la chica, —Rece —dijo severamente—. Si recuerda algunas de las oraciones de su niñez, rece.

—Es la única solución que nos queda —aseguró Zhelma.

Hubo un profundísimo silencio. La noche había caído ya. En el cielo, las estrellas brillaban esplendorosamente.

Y, de súbito, las luces se apagaron y reinó la oscuridad.

*

*

*

Steandrow lanzó un chillido y cayó de rodillas. Otros gritaron de terror. Kenn apretó aún más el cuerpo de Zhelma contra su pecho.

«¿Es esto lo que se siente cuando uno es desintegrado?», se preguntó.

Transcurrieron unos segundos. Luego tendió la vista a su alrededor.

Todo parecía normal. Las luces de Bellavista seguían encendidas. A lo lejos, casi en el horizonte, se divisaba la línea iluminada de la gran autopista. Más allá, se veía el enorme resplandor que desprendía la capital.

—Zhelma, no se ha producido la catástrofe —dijo. Ella se separó y miró desconcertada a su alrededor.

—¡Sólo se han apagado

las luces de la casa! —
gritó.

—A ver,
¿lámparas
portátiles! —pidió
Parks.

Los guardias que les acompañaban sacaron linternas. Kenn se encaró con una muchacha.

—¿Habrán saltado los
fusibles por una
sobrecarga?

De repente, se oyó el ruido de un automóvil que frenaba en la explanada. Un hombre se apeó y lanzó una exclamación de protesta:

—¿Qué hacen aquí ustedes? ¿Quién les ha
dado derecho a invadir mi casa? Kenn emitió un
atroz alarido.

—

¡Primo
Frankie!
¡Por
fin!

El profesor Tolliver alargó la mano y ayudó a apearse a una hermosa joven, de cuerpo exuberante, larga cabellera negra y ojos ardientes.

—Me casé y hemos estado en viaje de novios —explicó—. Naturalmente, no quisimos decir nada a nadie, para que no nos molestaran... pero, sin duda, alguien podrá explicarme qué es lo que sucede aquí, ¿verdad?

Kenn se sentía estupefacto. «Ese idiota de mi primo, menuda hembra ha conquistado», se dijo. Claro que, bien mirado, Frankie no era un monstruo de fealdad y, además tenía dinero como para prestar a un Banco.

Unos minutos más tarde, Tolliver estaba al corriente de lo sucedido. Entonces dijo:

—Muy bien, destruiré la puerta... por ahora. Pero no haré más concesiones... ¡Y un día, volveré a construirla!

—No le dejaremos, profesor —aseguró la muchacha—. El Consejo de Seguridad de la Galaxia no permite la construcción de puertas espaciales, hasta que se ha llegado por lo menos a la Tercera Edad Civilizada.

Tolliver se
quedó con la
boca abierta.

—Y tenemos medios de sobra para hacer
cumplir esa ley —añadió Zhelma.

—Pero tú tienes otra
puerta... —exclamó
Kenn.

—En un lugar que
nadie sino yo
conoce.

—Está bien. Frankie, saca la llave de la caja de fusibles. Es
preciso dar la luz nuevamente.

—No haremos nada —contestó Tolliver sorprendentemente—.
Ahora recuerdo de que olvidé reponer fondos en la cuenta del
Banco para el pago de suministro eléctrico.

—Le han cortado la luz por falta de
pago —adivinó Steandrow.

—Pero los operarios están
en huelga —gritó Kenn.
Tolliver sonrió.

—La computadora no hace huelga nunca. «Pidió» dinero, le
«contestaron» que no lo había y envió una orden a la
computadora de suministro de energía. Eso es todo.
Se oyeron varios resoplidos. Zhelma agarró una de las
linternas y tocó el hombro de
Tolliver.

—Vamos, profesor —dijo—. Tenemos
que desmontar la puerta.

—Mi mejor invento... —
se lamentó el científico.
Kenn sonrió.

—Tu mejor invento es esta chica tan guapa que ahora es mi
prima —dijo—. ¿Cómo te
llamas,
señora
Tolliver?

—Lucy y me alegro de tenerte como primo —contestó la morena.

*

*

*

Kenn tomó la taza de café que le había servido Lucy y salió al jardín. Tolliver y Zhelma continuaban aún trabajando. Sentóse en un banco y miró al cielo. La Tierra había sido salvada por la inesperada orden de una computadora. Nadie daría las gracias a una máquina, se dijo, mientras contemplaba la salida del sol, que había creído no ver nunca más. Zhelma vino a los pocos minutos y se sentó a su lado.

—

Ya
está

—

anunció.

—

Lo
celebro.

Kenn
meneó
la
cabeza y
sonrió.

—Hemos pasado juntos muchas aventuras. Ahora resulta divertido, ¿verdad?

—Un poco. Para mí ha sido una gran experiencia, Hub.

—

Comprendo.
¿Cuándo te
marchas?

—En seguida. Tengo que informar cuanto antes. Enviarán a recoger a los prisioneros y los devolverán a sus mundos de origen. Pero ésa es una operación que se hará en secreto. Por otros, naturalmente.

—

Claro,
claro.

Callaron un momento. Luego

Zhelma, de pronto, dijo:

—Hub, anoche
dijiste que me
querías.

—Puedes estar seguro de ello —
respondió él solemnemente.

—Entonces, ¿por qué no te vienes conmigo?

¿Qué te ata a la Tierra, Hub? Kenn la miró
sorprendido.

—¿Quieres decir que vaya contigo a Shybar?

—Sí. Escucha, tú procedes de la II Edad. Allí te educarán, reacondicionarán la mente para que puedas vivir sin dificultades en nuestra IV Edad; borrarán de tu cerebro los posibles restos de impulsos agresivos que puedan quedar en ti; te convertirán en un ciudadano perfecto... Si me amas, como aseguras, no te importará someterte a esas operaciones, que no tienen nada que ver con la cirugía normal y son absolutamente indoloras. ¿Lo harás. Hub?

Hubo un momento de silencio. Ansiosa. Zhelma estudió el rostro del joven y, con enorme asombro, vio en sus facciones el horror más absoluto.

—¿No te gusta la perspectiva? —
preguntó. Kenn se puso en pie.

—Zhelma, tú me dijiste que en la Tercera Edad se alcanzaba el dominio absoluto de la mente, pero que era una situación inconveniente, por olvidar que esa mente estaba en un cuerpo. En la Cuarta Edad se llega al perfecto dominio de ambas cosas, la mente y el cuerpo, el total equilibrio psicosomático, y eso significaba la libertad plena del individuo, con total respeto a los demás y la aceptación absolutamente consciente de las leyes. Pero ahora quieres que yo me someta a una especie de reeducación, a cuyo término mi mente habrá sufrido ciertas modificaciones, que habrán alterado su *status* original. Es decir, para que yo pueda gozar de «vuestra» libertad, tendré que renunciar a «mi» libertad, y eso es algo que no aceptaré jamás. Por mucho que te ame y por grandes que sean los beneficios que pueda recibir en Shybar. ¿Lo has comprendido?

Zhelma se sorprendió primero del vehemente discurso del joven y luego lo entendió.

Tristemente, con lágrimas en los ojos, asintió.

—Sí, me imagino perfectamente tus sentimientos —contestó—. Pero yo no puedo modificar las leyes...

—Entonces, quédate aquí. Tú ya has desempeñado tu papel; has evitado una grave catástrofe. En Shybar no te necesitan para nada; no te echarán de menos, te lo aseguro.

Zhelma hizo un gesto negativo.

—No puedo quedarme —respondió, a la vez que se ponía en pie—. Lo siento, Hub.

Sus ojos aparecían húmedos. Miró un instante al joven y luego, sin una palabra más, dio media vuelta y echó a andar ladera abajo.

Kenn quedó en el mismo sitio, contemplándola hasta verla desaparecer en una revuelta del camino. Entonces, giró sobre sus talones y entró en la casa.

—Se
ha
marchado

—
anunció.
Tolliver
alzó
las
cejas.

—Es una muchacha extraordinaria. Vale mil veces más que yo, en científico, por supuesto.

—¿Te habías enamorado de ella, primo Hubert? —preguntó la señora Tolliver.

Kenn se echó a reír.

—¿Quién, yo? —exclamó—. No hay mujer capaz de echarme el lazo... Y, a propósito, Frankie, ¿puedes prestarme mil «pavos»?

*

*

*

Estaba tendido a la orilla del arroyo. Allí habían acampado una noche, cuando les robaron el automóvil. Al día siguiente. Kenn se pondría a trabajar, como gerente de explotación de una de las patentes de su primo. Buen sueldo, poco trabajo... pero rutina, rutina, rutina..., pensó, muy deprimido. Claro que era hora, ya sentar la cabeza y dejar de correr delante de hampones y maleantes.

Encendió un cigarrillo. De repente, la atmósfera tembló delante de él.

Intrigado, se incorporó. Una silueta humana apareció ante sus ojos. Zhelma avanzó hacia él, con la sonrisa en los labios.

—He venido a buscarte, Hub —dijo.

El cigarrillo se desprendió de los labios del joven, que se puso en pie lentamente.

—No me lo
puedo creer
—exclamó.

Zhelma
alargó una
mano.

—Es cierto. Hablé con el Consejo, expuse tu caso, repetí tus argumentos. Al final, respondieron afirmativamente.

—¿Por qué? —preguntó Kenn, todavía estupefacto.

—Precisamente, tus argumentos les convencieron de que puedes vivir en la Cuarta

Edad, porque has llegado a ella por ti mismo.

Creo que me entiendes, ¿no? Kenn sonrió.

—Claro —contestó.

—Entonces, ¿vendrás conmigo?

—Primero, dime: ¿cómo me has localizado?

—Todavía llevas el medallón que te di —sonrió Zhelma.

—¿Y qué procedimiento has empleado para llegar hasta aquí?

—Nuestras puertas espaciales son mucho más perfectas que la que construyó tu primo. Son... otro modelo; pero si

vienes conmigo, tendrás ocasión de comprobarlo.
Zhelma tenía aún la mano extendida. Kenn alargó la suya.

—Al diablo
el empleo
—murmuró.

Y caminó al
lado de la
muchacha.

Llegaron al trozo donde temblaba la atmósfera. Kenn vio
ante sí una extensa pradera, con abundancia de flores,
lejanas montañas nevadas, una bella ciudad en lontananza...
Otro mundo, otro planeta, otro sistema de vida..., pero
Zhelma estaba a su lado.

Con las manos juntas, atravesaron la puerta a la Galaxia.

FIN



Si le gusta lo más escalofriante,
lo más insospechado, lo menos absurdo,
lo no apto para lectores nerviosos...
lea y saboree cualquier relato de la

Selección

TERROR

que se los ofrece ahora semanalmente
y en cada uno de los cuales hallará siempre
las mejores novelas escritas por los más
afamados expertos en el género.

¡Asegure su ejemplar!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Precio en España 50 ptas.

Impreso en España